pf

Américo Vespucio

La historia de un error histórico

STEFAN **ZWEIG**

Presentación de

Felipe Fernández Armesto







Zweig desentierra en esta obra los motivos por los cuales Américo Vespucio dio su nombre a un continente recién descubierto, una historia de altibajos y errores que se convierten en verdades.

Vespucio no era un mentiroso o un estafador; no pretendió ser un gran filósofo ni buscó la gloria de dar su nombre al Nuevo Mundo. La gloria la hizo la casualidad, un impresor que, a su vez, nunca soñó que daría a un desconocido tanto renombre. Zweig sigue con acierto el desarrollo de esta historia que tiene el encanto de una novela, convirtiendo un tema árido en un argumento apasionado, palpitante de interés y de misterio. En otras palabras, consigue humanizar un personaje desmenuzado por los estudiosos, en una novela que es historia y una historia que es vida.



Stefan Zweig

AMÉRICO VESPUCIO

La historia de un error histórico

ePub r1.3
Titivillus 01.11.2022

Título original: *Amerigo: Die Geschichte eines historichen Irrtums*
Stefan Zweig, 1931
Traducción: Úrsula Barta

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Himali
ePub base r2.1








Presentación
¿Américo y América?

Felipe Fernández-Armesto

Un bautismo singular apenas recordado[1]

Es a todas luces increíble, a mi entender, que en el hemisferio americano, y particularmente en Estados Unidos, hoy en día casi no exista un interés manifiesto en conmemorar el quingentésimo aniversario del momento en que América recibió su nombre. En este país, la mayoría de la gente ni siquiera sabe que se aproxima tal centenario.

Sin embargo, el 25 de abril de 2007 se cumple literalmente el quingentésimo aniversario del bautismo de este hemisferio. En ese día, hace quinientos años, los impresores terminaron de componer el libro en el cual se propuso por primera vez llamar a esta parte del mundo con el nombre del aventurero florentino a quien me referiré a continuación Tal acontecimiento ya es en sí mismo extraordinario. El hecho que conmemoramos se destaca también como el único momento de la historia en que un continente o hemisferio fue bautizado con el nombre de un individuo real: un individuo vivo, de carne y hueso. Más notable aún: Américo —moralmente débil y flojo de intelecto— parece completamente indigno de semejante honor. Todo esto motiva nuestro interés por saber cómo y por qué ocurrieron estas cosas.

Si bien los grandes acontecimientos suelen brindar la oportunidad de que las celebraciones estimulen e inspiren la investigación académica, esta vez no se ha llevado a cabo ninguna búsqueda. El Banco Interamericano de Desarrollo es una de las cua-

tro únicas organizaciones estadounidenses —al menos, de mi conocimiento— que han prestado atención al aniversario que nos ocupa. Una de ellas es la Biblioteca del Congreso: la segunda es una sociedad de académicos; la tercera se dedica a propagar la idea de que América file descubierta por los templarios, y la cuarta es el Centro Cultural del BID. Curiosamente, el resto del país está obsesionado con otros dos centenarios que también se conmemoran en 2007: uno es, por supuesto, el bicentenario de la abolición del comercio esclavista por parte de Gran Bretaña, y el otro, el cuarto centenario de la fundación de Jamestown, Virginia.

Debo confesar —y pido disculpas por ello— que ninguno de estos eventos me parece particularmente digno de conmemoración. De más está decir que la abolición del comercio esclavista por los británicos constituyó una empresa grande y noble, que merece nuestro aplauso. Sin embargo, Dinamarca ya lo había hecho antes, y en absoluto fue notorio que la prioridad de la abolición por los daneses haya sido celebrada, ni siquiera muy difundida, fuera de ese país. Más aún: cuando Gran Bretaña finalmente se avino a abolir el comercio de esclavos, el resultado fue desastroso. El efecto inicial no fue otro que volver más rentable, y por lo tanto más intenso, dicho comercio. La abolición implicó la desaparición de comunidades de comerciantes esclavistas, los cuales no tenían noticia de que estuvieran involucrados en una actividad que el mundo había comenzado a ver con malos ojos.

En cuanto a la conmemoración de Jamestown, reconozco que en verdad me irrita. Y gracias a que el Banco Interamericano de Desarrollo es una organización genuinamente hemisférica que une a todos los americanos, puedo referir una anécdota que en otras circunstancias habría resultado quizás ingrata. En la universidad donde trabajo —Bostón, Massachusetts— se abrió el año pasado una vacante para un historiador del período colonial del actual territorio de Estados Unidos. Como era de esperar, entre

los candidatos al puesto se contaban algunos de los jóvenes más promisorios del mundo académico. A todos ellos les hice la misma pregunta: «Usted es historiador del periodo colonial estadounidense. Entonces, dígame, ¿en qué parte del territorio actual de Estados Unidos de América se produjo el primer asentamiento permanente de colonos europeos?». Por supuesto, quienes están relativamente bien informados saben que la respuesta correcta es «Puerto Rico», colonizado en 1509. Luego, en 1567, fue fundada St. Agustine (Florida), y en 1598 se inició la colonización de Nuevo México. Recién en 1607, con posterioridad a todos esos acontecimientos, se fundó Jamestown.

Creo que los orígenes de Estados Unidos son en gran medida hispánicos. Y me produjo cierto fastidio que el destacado historiador Edmund Morgan haya afirmado, en un artículo del *New York Review of Books* publicado hace poco tiempo, que Jamestown fue el primer asentamiento permanente del actual territorio estadounidense. A mi parecer, el mito de los orígenes exclusivamente ingleses de este país —el cual postula que la cultura esencial de Estados Unidos se arraiga en la tradición blanca, anglosajona y protestante, y que esta nación se desarrolló siguiendo un proceso que atravesó el continente de Este a Oeste— se desmoronó hace unos cien años por obra de H. E. Bolton. Sin embargo, ese mito aún perdura tenazmente en la tradición histórica estadounidense, goza de buena salud entre los jóvenes del país y, en apariencia, no puede ser erradicado de los programas en el marco de los cuales aquéllos reciben su formación. De todos modos, no es mi intención desmerecer la conmemoración de otros sucesos históricos, sino referirme a un acontecimiento que me parece mucho más llamativo y curioso, y también más digno de celebración.

Las razones del desinterés

Hay dos razones por las cuales no se presta atención al aniversario del bautismo americano. La primera de ellas estriba, supon-

go, en la vergüenza que despierta en Estados Unidos el nombre de «América». Ahora bien: todos nos avergonzamos de nuestros nombres, y, por otro lado, los procesos denominativos suelen adolecer de mal funcionamiento, como lo prueba, en un excelente ejemplo de ello, un libro publicado en 1507, año en que América comenzó a ser llamada asi. El libro incluye la primera versión italiana de una descripción, realizada por Vespucio, de lo que él había denominado *Mimdus Novus*, o «Nuevo Mundo», o *Novo Mondo*, como dice aquí. Pero nótese que el impresor colocó mal el nombre del autor: *Alberico* Vespucio. Cabe suponer que Vespucio habrá tenido que habituarse a ese tipo de incidentes. Pero lo que más llama la atención es que, en el preciso momento en que el mundo comenzaba a denominar a este continente con el nombre de Américo, el impresor de una de las obras fundamentales relacionadas con el tema se haya equivocado al transcribirlo.

Nuestra vergüenza por los nombres que llevamos puede llegar a ser visceral. Muchos hijos se lamentan por el nombre que sus padres les han dado en el bautismo, porque desearían tener uno más raro, más exótico, más romántico. Este tipo de incomodidad por la inadecuación de nuestro nombre es una experiencia muy común. Y creo que ello se debe, en parte, a que no podemos quitarnos de la cabeza la idea, obviamente errónea, de que los nombres deberían ser descriptivos, expresar cómo somos y quiénes somos. Sin embargo, sabemos que los nombres no son descriptivos, sino meramente designativos. De lo contrario, una mujer negra no podría llamarse Bianca, ni un hombre alto y rubio podría llamarse Nigel —que significa «pequeño y oscuro»—, y tampoco una persona fea podría llamarse Linda ni Belle. Mi nombre, Felipe, significa «amante de los caballos». No tengo nada en contra de los caballos, pero debo confesar que en cada intento de montar uno advertí a todas luces que esos animales me detestaban. Desde el punto de lista intelectual, podemos enten-

der que los nombres no hacen más que designar, pero aun así queremos que nos describan: queremos que tengan las connotaciones adecuadas. En cuanto a las connotaciones, hoy en día, América ha pasado a ser uno de los peores nombres que pueda llevar un continente, o un país en particular. En primer lugar, éste es el único país del hemisferio que se autodenomina «América». No cabe duda de que el hecho de arrogarse el nombre de todo un continente basta para causar todo tipo de vergüenzas, además de despertar resentimientos varios entre otras comunidades del Nuevo Mundo. En segundo lugar, el nombre está colmado de resonancias imperiales que fueron impuestas al hemisferio desde el exterior. Por último, Américo Vespucio es un homónimo más bien vergonzoso: aunque algunos lo tengan por héroe, para muchos fue un villano, un hombre acusado de charlatán o farsante, un cuco que anidó en la legítima gloria de Colón.

El problema de las fuentes

Llegamos así a la segunda razón por la cual se descuida este quinto centenario: sabemos muy poco sobre Américo Vespucio. Tratándose de alguien cuya importancia condujo a que un vasto hemisferio y la única superpotencia mundial llevaran su nombre, resulta asombroso que los historiadores sepamos tan poco acerca de él. Hasta ahora nos hemos inhibido de escribir sobre Vespucio a causa de la queja más común que puede tener un historiador: el problema de las fuentes.

Tradicionalmente se han utilizado dos tipos de fuentes para estudiar a Vespucio. En primer término, se conservan unas pocas de sus cartas manuscritas. Las que se relacionan con sus travesías son copias más bien contemporáneas; ninguna de ellas es de su propio puño y letra. La llamada «carta Vaglienti»[2], donde Vespucio describe un encuentro que tuvo frente a la costa africana durante una de las travesías que llevó a cabo en el año 1500. Podemos confiar plenamente en la autenticidad de estos escritos: ya lo probó Alberto Magnaghi en la década de 1920, y no hay ar-

gumentos racionales que permitan cuestionar la veracidad de sus descubrimientos.

En segundo término, contamos con dos fuentes impresas que fueron atribuidas a Vespucio durante su vida. Una de ellas es la famosa *Mundus Novus*, obra a la cual se atribuye el hecho de que esta parte del planeta haya recibido el nombre de «Nuevo Mundo» (si bien Vespucio popularizó el nombre, es probable que lo haya tomado de Cristóbal Colón, quien lo había usado antes de manera similar). A la otra se la conoce como «carta a Soderini»,[3] que también ilustra la extraordinaria interdependencia de las trayectorias de Vespucio y Colón: el diseño de este frontispicio fue copiado, en realidad, de una de las anteriores ediciones del informe de Colón sobre sus propios descubrimientos, y el título se inspira en otra obra de Colón.

Uno de los problemas que obstaculizaron el desarrollo de la historiografía sobre Vespucio estriba en que nadie ha sido capaz de establecer cierto consenso en cuanto al carácter genuino de estas cartas o de algunos de sus fragmentos. En mi libro sobre el tema afirmo haber resuelto el problema mediante un recurso que considero muy simple: volver a los manuscritos. No hay material bastante como para llevar a cabo un análisis estadístico completo de la imaginería que aparece allí, pero el que existe es suficiente para identificar lo que he denominado «tics» intelectuales de Vespucio: las obsesiones que lo embargaban, los autores que citaba, los materiales que abordaba una y otra vez. Para dar algunos ejemplos, creo que si el texto no rebosa de retórica egocéntrica, no es de Vespucio; si no abunda en ampulosas aserciones sobre la superioridad de la navegación astronómica en relación con la práctica, no es de Vespucio; si en él no aparecen citas de Petrarca o de Dante, probablemente no sea de Vespucio. Entonces, si tomamos como parámetro las cartas cuya autenticidad está fuera de discusión y las cotejamos con las fuentes controvertidas, creo que podemos determinar con absoluta certeza cuáles son las

obras genuinas de Vespucio y detectar con razonable acierto cuáles son las falsas.

He recurrido, asimismo, a dos cuerpos de documentos que fueron ignorados o descartados por los académicos que se ocuparon previamente del tema. El primero de ellos es un grupo de cartas que Vespucio recibió cuando era un joven habitante de Florencia. Se trata de un material conocido desde hace más de doscientos años e impreso hace más de un siglo. Sin embargo, los historiadores no lo han usado con la libertad que —en mi opinión— merece y exige, quizá porque nos revela un Vespucio desagradable, inmerso en la infamante y escabrosa marginalidad florentina de su época: el hombre que aparece allí intimaba con criminales y otras gentes del bajo fondo.

La segunda nueva fuente a la que he acudido es un cuaderno de ejercicios compilado por el joven Américo bajo la dirección de su tío, quien era también su tutor. Una vez más, aunque este material se conoce desde hace mucho tiempo, siempre se conservó simplemente como manuscrito. Todos los anteriores biógrafos de Vespucio lo menospreciaron por inservible, alegando que, si no se trataba más que de ejercicios formales, nada podía decir de él como hombre. En efecto: este texto ni siquiera apareció en la compilación de fuentes sobre Vespucio —por lo demás, magistral— publicada recientemente por Ilaria Caraci, una de las principales historiadoras del tema. Sin embargo, el cuaderno *dice mucho* acerca de Vespucio, puesto que revela detalles de su educación. Revela, por ejemplo, la religión en que se lo instruyó de niño, que resulta muy sorprendente: se trata de una forma avanzada de pietismo medieval tardío, una especie de religión mendicante que ponía en primer plano la gracia de Dios y otorgaba a las obras un valor nulo. Sus principios hubieran sido aprobados, quizá, por Savonarola, lo cual no es asombroso, dado que el tutor de Américo se convirtió más tarde en su secuaz. Es posible, incluso, que los hubiese aprobado Lutero, aunque resulta intere-

sante destacar que Vespucio no parece haberse impresionado mucho con ellos. Uno de los aspectos más extraordinarios de sus escritos es que casi nunca mencionan a Dios, salvo por expresiones convencionales. En mi opinión, Américo Vespucio era un hombre de radical secularidad.

Así, el cuaderno de ejercicios dice mucho sobre la religión del personaje que nos ocupa. Dice mucho sobre su familia, sobre la relación con su padre y sus hermanos. Un historiador de orientación psicológica encontraría allí un material irresistible acerca de la envidia que sentía Américo por su hermano mayor. Sobre todo, esta fuente revela los valores con que fue educado. En ella aparecen continuas referencias a los mandatos de su padre, que lo instaba a alcanzar el honor y la fama, esas grandes virtudes renacentistas. En el resto de los escritos que Vespucio produjo a lo largo de toda su vida, las referencias al honor y la fama constituyen elementos recurrentes. En un sentido, la vida de Américo Vespucio consistió en una búsqueda infructuosa de fama y honor. Por ejemplo, uno de los ejercicios incluidos en el cuaderno hace alusión a los florentinos que habían abandonado su ciudad para salir al mundo en busca de aventuras, y dice más o menos lo siguiente: «No sabemos qué ha sido de ellos, pero podemos tener la certeza de que andan por alguna parte, buscando fama y honor». No se necesita mucha imaginación para percibir cómo resonaba el recuerdo de tal ejercicio en la mente del Américo adulto, cuando éste hizo exactamente lo mismo que aquellos florentinos —aventurarse por el mundo— con idéntico objetivo.

El artista de la transformación

Ahora bien: cuando reúno todas las fuentes mencionadas, obtengo de Vespucio la imagen de lo que hoy llamaríamos un «artista de la transformación»; alguien que experimenta una extraordinaria serie de reinvenciones, cada una de las cuales representa una huida del fracaso. Mi esposa es extremadamente puntillosa con sus lecturas. (Sé por qué pienso tanto en mi esposa esta

mañana: supongo que la prolongada gira de conferencias que estoy llevando a cabo hace que la extrañe mucho). Si la primera oración de un libro no la impresiona, el libro queda descartado. Es por esta razón que paso mucho tiempo tratando de idear primeras oraciones, con la vana esperanza de que ella apruebe mis libros; y la oración con que se inicia mi libro sobre Vespucio me enorgullece por demás. Dice así: «Américo Vespucio, que dio su nombre a América, fue proxeneta en su juventud y mago en su madurez». Esta extraordinaria trayectoria de vida —esta camaleónica historia de autoadaptación— se me antoja digna de ser narrada e investigada. En efecto: ella no hace sino agregar más aspectos sorpresivos al hecho de que el hemisferio finalmente haya recibido el nombre de un personaje tal.

Llevaría, sin duda, mucho tiempo enumerar todas las peripecias por las que atravesó Vespucio, de modo que me limitaré a referir apenas dos o tres de sus más asombrosas transformaciones. Para entender las primeras, es preciso regresar al mundo emulativo e imponente que caracterizó a la Florencia de fines del siglo XV, donde la familia de Vespucio era clienta de los Medici.

En la época del abuelo de Lorenzo el Magnifico los Vespucio habían ascendido hasta alcanzar el grado más alto de ciudadanía gracias al patronazgo de los Medici.

No se trataba de una familia demasiado acaudalada. Al menos, la rama de la cual descendía Américo no era particularmente rica, pero había adquirido relevancia social por aferrarse a los faldones de la dinastía que ejercía el liderazgo en Florenda. El joven Américo parecía destinado a una carrera al servicio del propio Lorenzo el Magnífico. De hecho, se le presentó una gran oportunidad en 1478, poco después de la conspiración de los Pazzi —la profunda crisis que tantos cambios produjo en Florencia—, cuando se sumó a la embajada que su tío habría de establecer en Francia.

En ese momento que parecía triunfal, las cosas empezaron a andar mal para Américo: los resultados de la misión diplomática fueron desastrosos. Este dato no aparece en los relatos convencionales sobre el tema, pero estoy seguro de que los florentinos tacharon la embajada de deplorable fracaso porque, a pesar de las bellas palabras del rey de Francia, no se obtuvo ninguna ayuda concreta para la guerra en que se había involucrado la ciudad. Las obras anteriores sobre Américo Vespucio conjeturan que éste debe de haber cumplido una función de enorme importancia en esa misión diplomática, y que quizá haya sido el secretario de su tío. Sin embargo, de mi investigación en el *Archivio di Stato no surgió* una sola referencia a Américo en los documentos que generó la embajada. Según parece, el joven sólo se sumó al viaje y vivió como una especie de *flâneur* en la París de Luis XI, para luego retomar a su tierra sin nada que le diera crédito.

Hay categóricas evidencias de que Américo aún se hallaba en la casa de Lorenzo el Magnifico hacia 1480, pero en algún momento de aquella época, muy a principios de esa década, el Magnífico le retiró su patronazgo a la familia Vespucio. Ésa fue la culminación de una larga serie de decepciones que experimentó Lorenzo en relación con algunos miembros del clan, a quienes consideraba inútiles o indignos de confianza. No sabemos exactamente cuál fue el detonante de la ruptura, porque la única evidencia directa es un comentario incluido en una carta de Lorenzo di Pierfrancesco de Medici, según el cual se había visto al tío de Vespucio quejándose y lamentándose por haber perdido el favor de Lorenzo el Magnífico.

Desde entonces, la familia transfirió su lealtad a la otra rama de los Medici, la familia de Lorenzo di Pierfrancesco, que se había enzarzado en un vínculo de odio y rivalidad con aquél. Una vez más, los biógrafos tienden a conjeturar que Américo debe de haber desempeñado algún papel importante en la casa de Lorenzo di Pierfrancesco. Sin embargo, aparte de una ocasión en que

compró grandes cantidades de vino para la familia —lo cual no permite inferir que tuviera un empleo más significativo que el de mayordomo—, no existen evidencias de que haya ocupado en ella un puesto permanente. Según parece, andaba por el palacio y comía allí, pero no hacía mucho más.

La apabullante evidencia originada en las cartas que recibió durante ese período de su vida muestra que Américo trabajaba por su cuenta: hombre de muchos recursos, era —como me gusta llamarlo— un *fígaro* de Florencia que devino en una especie de *factótum delta citta*. Quien tuviera un asunto que necesitara solución, especialmente si se trataba de algo equívoco, sospechoso u oscuro, recurría a Américo. Por ejemplo, en una oportunidad, Vespucio fue chantajeado por un guardia de la cárcel. No se sabe cuál fue el motivo, pero nadie que ha emprendido una decidida búsqueda de honor y fama establece una relación de ese tipo. También lo hallamos ejerciendo de proxeneta. Se han conservado unas cartas que son, evidentemente, comunicaciones de clientes que solicitaban los servicios de Vespucio, quien desempeñaba, como mínimo, el papel de procurador o intermediario de relaciones con mujeres que eran, sin duda, meretrices. Empero, su oficio principal era el de comprador y vendedor de joyas a comisión, especialmente de perlas. Así se ganó el sustento hasta que se produjo la primera gran transformación de su vida, alrededor de 1490, cuando Lorenzo di Pierfrancesco le encargó que indagara a un potencial nuevo socio de negocios residente en Sevilla: el banquero florentino Gianetto Berardi. Vespucio aprovechó la oportunidad para escapar: quizá pudiera alcanzar la fama y el honor en un nuevo empleo, en una nueva ciudad. Decidió unir su suerte a la de Berardi, se convirtió en su agente y se mudó a Sevilla.

La reinvención del nuevo Vespucio

Era una época fantástica para estar en esa ciudad. Aún no se había descubierto el Nuevo Mundo, pero Sevilla era rica y flore-

ciente, casi una ciudad de bonanza. Los jóvenes italianos respondían al antiguo consejo de «ir hacia el Oeste», y en Sevilla no hallaban sino negocios y oportunidades. Colón se contaba entre ellos: en el preciso momento en que Vespucio llegaba para unir su suerte a la de Berardi, éste se convertía en uno de los principales financistas de Colón. La relación entre Colón y Berardi posibilitó un contacto directo entre Colón y Vespucio, y desde entonces las vidas de ambos aventureros quedaron inextricablemente entretejidas. Para la firma a la que se había unido Vespucio, el trato con Colón resultó fatal. Luego de la euforia por el éxito inicial del marino, los beneficios de sus inversiones durante los primeros años fueron nulos. En los dos años que siguieron al descubrimiento del Nuevo Mundo, Berardi invirtió cada vez más en la empresa de Colón. No obtuvo ninguna recompensa y murió en la ruina. Dejó un testamento conmovedor, en el cual encomendaba a su hija huérfana el mantenimiento del «Señor Almirante», como llamaba a Colón, en la esperanza de que en algún momento la aventura que habían emprendido juntos rindiera ganancias. No se sabe qué ocurrió con la hija, pero el hombre que quedaba para sostener el sueño dorado era Vespucio, cuyos intentos de conseguir honor y fama habían tenido, en todos los casos, idéntico resultado: el fracaso.

Fue así como Vespucio comenzó una nueva reinvención de sí mismo: siguió el modelo que Colón había desplegado ante él y se hizo a la mar. En 1499, cuando los monarcas de España abrieron el Atlántico a cierta libre competencia, Vespucio navegó en compañía de Alonso de Ojeda, un ex tripulante de Colón, hasta la costa de la actual Venezuela. Este acontecimiento siempre ha constituido un enigma para los historiadores. ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo emprendió Vespucio este viaje? ¿Con qué capacidades? Si bien se presentaba como capitán y piloto, resulta inconcebible que fuera alguna de las dos cosas. La única travesía que había emprendido hasta ese momento de su vida había sido la que lo llevó

de Florencia a Barcelona cuando iba camino a Sevilla. No tenía experiencia alguna en el mar, y los relatos que dejó son una clara evidencia de que sus conocimientos de navegación apenas superaban a los de cualquier «marinero de agua dulce». Vespucio sabía poco de navegación pero mucho de perlas. Colón había descubierto los bancos de perlas de Margarita en su viaje de 1498, y cabe pensar que el propósito del viaje que emprendieron Ojeda y Vespucio no fije otro que el de avanzar en ese descubrimrento y obtener perlas. La lectura del relato de este último casi no deja dudas respecto de cuál fue el verdadero motivo que lo llevó a involucrarse en la travesía. En ese texto, Vespucio se refiere al inmenso tesoro de perlas que la expedición recogió para la reina, y dice que ha separado para él una cantidad por valor de mil ducados.

Si bien Américo persistía en su desesperada búsqueda de una carrera diferente, su breve intento de retornar al trabajo de mercader especializado en productos del Nuevo Mundo fracasó por completo. Entonces, se proyectó por un camino distinto: adoptó el oficio de cosmógrafo, con intenciones de crear una demanda para sus servicios como conocedor de los mares y la geografía. Todos los demás se habían rendido al sueño, pero allí estaba Américo Vespucio en comunión con el cielo. Nótese la manera en que manipula las últimas tecnologías: el astrolabio, el cuadrante, todos los instrumentos del cosmógrafo. Era una completa falsedad, puro palabrerio. Vespucio empleaba esos accesorios de la misma manera en que un ilusionista usa su varita mágica en el escenario. Los detalles de su relato, que se contradicen entre si y están plagados de disparates y absurdos, son una evidencia incuestionable de que no conocía su oficio. Es verdad que había adquirido cierto saber sobre los cuerpos celestes, porque su tío, al igual que muchos otros miembros de la Academia florentina en tiempos de Lorenzo el Magnifico, se había dedicado a la astrología. Si visitamos la parroquia de la familia Vespucio hoy en

día, aún podemos apreciar el retrato que el tío de Américo encargó a Ghirlandaio. Allí, colgado de la pared sobre su cabeza, está su propio astrolabio.

Empero, una cosa es tener un conocimiento teórico de esos instrumentos, y otra muy distinta es usarlos para navegar en mar abierto como Vespucio decía hacer. Por ejemplo, afirmaba que podía leer la longitud observando las distancias lunares. Ahora bien: tal lectura sólo es posible si se cuenta con una plataforma estable y con telescopios perfectamente calibrados (por supuesto, los telescopios no fueron inventados sino cien años después de Vespucio), o si se utilizan dispositivos de cronometría de altísima precisión (y no hace falta decir que nada de eso existía en aquella época). Por lo tanto, es literalmente imposible que Américo haya podido determinar la longitud mediante ese método. La única lectura de longitud que realizó, con una inexactitud al parecer absoluta, era muy sospechosamente similar a la que había obtenido Colón mientras calculaba un eclipse. En cuanto a sus lecturas de la latitud, no eran mucho mejores: al igual que en casi todo lo demás, Vespucio copiaba los métodos de Colón. Usaba un reloj de arena para calcular el progreso de las estrellas compañeras de la Estrella Polar, restaba de veinticuatro el número de horas nocturnas y consultaba las tablas impresas que enumeraban latitudes según las horas diurnas. En consecuencia, Vespucio no era en realidad un gran cosmógrafo, pero lograba convencer a la gente de que lo era, y ése es uno de los grandes misterios de su carrera.

En particular, Vespucio persuadió a dos individuos de decisiva importancia, humanistas de Saint-Dié en Lorena: Mathias Rinmann y Martín Waldseemüller. Ambos supieron de él en 1505, cuando leyeron *Mimdus Novus*, y lo saludaron como el nuevo Ptolomeo, como el cosmógrafo más descollante de la época, a la par del principal cosmógrafo de la antigüedad. En el Renacimiento no había mayor honor que ser considerado un par de los

antiguos. Rinmann y Waldseemüller publicaron un mapa para acompañar la obra en que bautizaron a América, y allí mostraron a Vespucio contemplando el mundo desde un pedestal privilegiado, al lado del propio Ptolomeo.[4] ¿Por qué ocurrió algo así? ¿Por qué esos académicos adoptaron a Vespucio con tal prontitud?

Debemos tener en cuenta que, por entonces, Saint-Dié pugnaba por engrandecerse, de la misma manera en que las pequeñas universidades de nuestros días mientan ascender en el *ranking* del US *News and World Reports*. Saint-Dié era un lugar despreciado por otros académicos: Pico Della Mirándola se manifestó sorprendido de que en esa universidad hubiera académicos, dada su reputación de albergar tejedores y albañiles. Pero en Saint-Dié había una imprenta, y el pequeño grupo de eruditos que se reunió a su alrededor había concebido el ambicioso proyecto de atraer la admiración del mundo publicando una nueva edición de la gran obra cosmográfica de la antigüedad: la *Geografía* de Ptolomeo. El mercado era competitivo y ya había muchos otros textos relacionados con ese campo científico, por lo cual era necesario lograr que el producto fuera especial. Y Vespucio parecía apto para las circunstancias, no sólo por sus pretensiones de haber revelado el Nuevo Mundo al Viejo Mundo, sino también por su profesada capacidad de leer la latitud y la longitud: los datos que Ptolomeo había considerado fundamentales para confeccionar un mapa de todo el orbe.

Gracias a la originalidad y destreza cartográfica de Waldseemüller, el nombre de América se difundió por todo el ámbito académico. Las innovaciones más radicales de Waldseemüller eran los mapas de papel: una versión pequeña, diseñada para adherirla a un globo terráqueo —el primer globo terráqueo impreso—, y una de grandes dimensiones, destinada a cubrir la pared de un estudio. Con el tiempo, Waldseemüller advirtió que había cometido un error, porque en el siguiente gran proyecto

cartográfico, que emprendió unos años más tarde (en 1513), retiró el nombre de América y agregó una anotación donde atribuía el descubrimiento del Nuevo Mundo a Cristóbal Colón. Pero era demasiado tarde: el nombre de América ya había alcanzado una celebridad irreversible.

La obra y el nombre de Vespucio se popularizaron, incluso, fuera de los círculos académicos por la misma razón que suele llevamos a leer la prensa amarilla el atractivo del sensacionalismo. Los escritos que aparecieron firmados por él rebosaban de detalles sen sari finalistas Para dar un ejemplo, en la figura siguiente se observa el primer mapa que mostró la influencia de que gozaban los textos de Vespucio, con una representación más bien atenuada del canibalismo que había descripto el aventurero. Algunos de sus relatos sensacionalistas eran de tinte sexual, pero en su mayor parte se referían al canibalismo. En un grabado muy conocido de 1505, su autor no hace referencia especifica a los escritos de Vespucio, pero su obra representa claramente a los caníbales tal como se los describía en ellos. Con el paso del tiempo, el sensacionalismo de los grabadores —quienes reflejan para nosotros las reacciones de los lectores— fue agudizándose cada vez más. En un grabado de 1525 se ve a los caníbales, transformados en monstruos con cabeza de perro, masacrando literalmente a sus víctimas. Así, una suerte de estafa cosmográfica hizo efecto en un público académico excepcionalmente receptivo, en tanto que el sensacionalismo sedujo mediante el engaño a un público más llano y lo llevó a respaldar la elección del nombre de Américo para designar a las nuevas tierras. La última transformación de Vespucio fue póstuma. Su figura nunca dejó de ser polémica, porque muchos admiradores de Colón sentían que la adscripción del nombre de aquél al Nuevo Mundo representaba una injusticia para el verdadero descubridor. En consecuencia, Américo Vespucio pasó a ser el héroe para una parte y el villano para la otra: pero esta circunstancia no sorprende, porque el heroísmo y

la villanía suelen hacerse sombra, y el héroe de unos es siempre el villano de otros. Bien podríamos dar aquí conclusión a la historia: después de todas esas reinvenciones mercuriales, la imagen póstuma de Vespucio quedó en un estado adecuadamente irresuelto que quizá dure para siempre.

Un nombre que se justifica por si mismo

No obstante, quiero extenderme un poco más refiriendo otras dos conclusiones, en un intento de evitar que haya quienes piensen que América no es un nombre demasiado conveniente para este hemisferio. Hoy en día, muchas corporaciones —e incluso algunos países— cambian su nombre en busca de mejorar su imagen. Si los asesores de imagen corporativa se ocuparan de Estados Unidos, dirían: «Es preciso cambiarle el nombre. «Estados Unidos de América» (aparte de todas las decepciones con que uno tropieza cuando sigue la huella de sus orígenes remontándose a Vespucio) no da en la tecla, despierta sensaciones poco apropiadas. Habría que buscar un nombre políticamente correcto, como «Estados Unidos de la Isla Tortuga». Sin embargo, no puedo sino admitir que, a pesar de todos los problemas que encierra esta denominación, a pesar de todas sus connotaciones negativas, a pesar de la impropiedad moral de Vespucio para alcanzar tal dignidad, América es en verdad un nombre fantástico.

Digan lo que digan, Vespucio es para mí una figura representativa de los procesos que llevaron al descubrimiento de América por parte de Europa. Al igual que Colón, era un italiano aventurero que buscaba fortuna en la península ibérica, y así contribuyó a que España y Portugal funcionaran como trampolín para la investigación del Atlántico. La historia del avance hacia Occidente emprendido por los europeos del Medioevo tardío demuestra que las iniciativas siempre provinieron del corazón del Mediterráneo. Generación tras generación, a partir del siglo XIII, los italianos (junto a algunos mallorquines) proporcionaron a España y Portugal el espíritu de aventura, el *savoir-faire* técnico y

las finanzas que impulsaron la empresa del Atlántico. Sin embargo, sabemos muy poco acerca de los pioneros italianos anteriores a Colón y Vespucio. Y tenemos que detenemos en los ejemplos de estos dos aventureros si deseamos conocer los motivos que llevaron a que tanta gente abandonara la próspera Italia por la empobrecida Iberia para arriesgar su vida en un océano inexplorado y tormentoso. Aquí detecto un patrón que se ajusta a la trayectoria que siguió la vida de Vespucio: una historia de ambición social y huida del fracaso. Vespucio safio a buscar honor y fama, y lo mismo creo, habían hecho sus predecesores.

El segundo motivo que me lleva a inclinarme en favor del nombre en cuestión es que este artista de las transformaciones — este reinventor de sí mismo que he tratado de describir aquí— prefiguró, con gran antelación, una historia típica de la América moderna, o al menos de Estados Unidos: una historia de la vida en este país, que ha devenido la tierra de la auto-reinvención, la transformación, la rehabilitación de celebridades, las carreras adaptables y las vidas flexibles. Un país gobernado por un presidente[5] que se ve como la proyección de una imagen ficticia de sí mismo lleva el nombre correcto si se llama como el mayor reinventor de si mismo de todos los tiempos. De un modo muy curioso, el hombre que dio su nombre a América devino un modelo para América, o al menos para esta parte del hemisferio que ha adoptado su nombre.

La historia de un error histórico

¿Quién fue el hombre que dio el nombre de «América» a América?

Cualquier estudiante, sin ningún reparo, podría contestar a esta pregunta: Américo Vespucio.

Mas ante la siguiente pregunta, incluso los adultos se sienten inseguros y vacilan: ¿Por qué se bautizó a esta parte del mundo, precisamente con el nombre de pila de Américo Vespucio? ¿Porque Vespucio descubrió América? ¡Jamás lo hizo! ¿O quizá, porque fue el primero en pisar tierra firme en lugar de poner el pie sólo en las islas situadas delante? Tampoco sería ésta la razón puesto que no fue Vespucio el primero en poner pie en el continente sino que lo fueron Colón y Sebastián Cabot. ¿Acaso porque sostiene falsamente haber echado amarras el primero en este lugar? Vespucio nunca reclamó este título ante instancia legal alguna. Siendo erudito y cartógrafo ¿acaso propuso con toda ambición su nombre para este continente? No, ni lo hizo ni, probablemente, tampoco se enteró en vida de la elección de tal nombre. Pero, si no hizo nada de todo esto ¿por qué, precisamente, se le honró a él inmortalizando su nombre para siempre? Y ¿por qué América no se llama Colombia sino América?

El cómo sucedió es un verdadero desbarajuste de casualidades, errores y malentendidos. Es la historia de un hombre que, gracias a un viaje que nunca emprendió y el cual tampoco nunca sostuvo haber emprendido, alcanzó el inmenso honor de dar su

nombre propio a una cuarta parte de nuestra Tierra. Desde hace cuatro siglos, este nombre sorprende y fastidia al mundo al mismo tiempo. Una y otra vez se acusa a Américo Vespucio de haber conseguido capciosamente este honor a través de maquinaciones oscuras y desleales; y este proceso a causa del «engaño por declaración dolosa» fue tratado por eruditas y diferentes autoridades en la materia. Unos declararon a Vespucio inocente, otros le condenaron a deshonra perpetua y cuanto más categóricamente le declaraban sus defensores inocente, con más pasión sus detractores le acusaban de mentir, falsificar y robar. Hoy en día, todas estas polémicas con sus hipótesis y pruebas a favor y en contra ocupan ya una biblioteca entera. Para unos, el padrino de América es un *amplificador mundi*, uno de los grandes amplificadores de nuestra Tierra, un descubridor, un navegante, un erudito de alto rango; para otros es el estafador y timador más impertinente de la historia de la geografía.

¿De qué lado está la verdad, o dicho con más cautela: la mayor probabilidad?

En la actualidad, el caso Vespucio ya no es un problema geográfico o filológico. Es un juego de lógica que cualquier curioso puede intentar solucionar. Además, se trata de un juego que es posible abarcar con facilidad al tener tan pocas fichas, puesto que toda la obra escrita de Vespucio que se conoce, con todos sus documentos incluidos, llega a sumar entre cuarenta y cincuenta páginas. Así que yo también me he permitido volver a colocar las piezas para repasar de nuevo, jugada tras jugada, esta famosa partida maestra con todas sus sorprendentes campañas.

La única condición de naturaleza geográfica que exige mi exposición al lector es olvidarse de todo lo que sabe de geografía gracias a nuestros atlas completos y, de entrada, borrar por completo de su mapa interior la forma, la configuración e incluso la existencia de América. Sólo el que sea capaz de sumergir su alma en la oscuridad, en la incertidumbre de aquel siglo, podrá com-

prender en su totalidad la sorpresa, el entusiasmo de aquella generación cuando los primeros contornos de una Tierra insospechada empezaron a dibujarse, emergiendo de lo que, hasta ese momento, carecía de orillas. Pero la humanidad quiere poner un nombre a todo lo nuevo. Cuando siente entusiasmo, quiere gritar de júbilo y expresar su gozo. Así que fue un afortunado día cuando, de pronto, el viento de la casualidad le lanzó un nombre; y sin preguntarse por la justicia o injusticia, acogió con impaciencia esta palabra sonora y vibrante y saludó a su Nuevo Mundo con el nombre eterno de América.

La situación histórica

Anno 1000. Un profundo sueño turbador pesa sobre el mundo occidental. Los ojos están demasiado cansados para velar por el entorno, los sentidos demasiado agotados para que surja la curiosidad. El espíritu de la humanidad está paralizado, ya no quiere saber nada más del Mundo. Y aún llega a ser más extraño: incluso lo que ya sabía, lo olvida de manera incompresible. Se olvidó de leer, escribir, calcular, ni siquiera los reyes y emperadores de Occidente son capaces ya de firmar con su nombre propio un pergamino. Las ciencias se convirtieron en momias. La mano terrenal ya no sabe reproducir el propio cuerpo mediante dibujos y esculturas. Sobre todos los horizontes se extiende, en cierto modo, una niebla impenetrable. Ya no se viaja, ya no se sabe nada acerca de otros países. Se atrinchera en las fortalezas y ciudades protegiéndose contra los pueblos salvajes que irrumpen una y otra vez desde Oriente. Se vive en la angostura, se vive en la oscuridad, se vive sin coraje… un pesado sueño aturde al mundo occidental.

A veces, a esta pesada somnolencia aturdidora le sobreviene el incierto recuerdo de un mundo diferente, más amplio, de más colores, más luminoso, más animado, lleno de acontecimientos y aventuras. ¿Acaso todos los países no tenían vías por las que desfilaban las legiones romanas y, detrás de aquellas, los lictores, los guardianes del orden, los hombres de la justicia? ¿Acaso no existía un hombre llamado César que conquistó Egipto y Bretaña a la vez? ¿No fueron las trirremes a los países más allá del Mediterráneo donde, desde hace tiempo ya no se atreve a navegar barco

alguno por miedo a los piratas? ¿Acaso no avanzó el rey Alejandro hasta la India, aquel país maravilloso, y volvió por Persia? ¿No había antiguamente sabios capaces de leer las estrellas, que conocían la configuración del mundo y los secretos de los seres humanos? Acerca de ello, deberíamos leer en los libros. Pero ya no hay libros. Deberíamos viajar y ver otros países. Pero ya no hay vías ni caminos. Quizá, todo fue sólo un sueño.

Y entonces: ¿para qué esforzarse? ¿Para qué reunir fuerzas si todo ha llegado a su fin? El año 1000, así se proclama, será el año del fin del mundo. Dios les ha condenado por haber cometido demasiados pecados, según predican los sacerdotes desde el púlpito, y el primer día del nuevo milenio será el día del comienzo del Juicio Final. Consternados, con la ropa hecha jirones, la gente acude en masa a las procesiones con velas encendidas. Los campesinos abandonan los campos, los ricos venden y despilfarran sus bienes. Porque mañana vendrán los jinetes del Apocalipsis con sus pálidos corceles; se acerca el Día del Juicio. Y miles y miles de personas se arrodillan en las iglesias esperando ser arrojadas a la eterna oscuridad.

Anno 1100. No, no fue el fin del mundo. De nuevo, Dios fue misericordioso con la Humanidad. Puede seguir viviendo. Mas, debe seguir viviendo para atestiguar su bondad, su grandeza. Hay que darle las gracias por su clemencia. Hay que elevar las gracias hacía el cielo y así se levantan las iglesias y las catedrales, aquellos pilares de piedra de la oración. Y hay que manifestar su amor por Jesucristo, el mediador de su benevolencia. ¿Acaso puede tolerarse que el lugar de su sufrimiento y su sagrada sepultura siga en las manos desalmadas de los paganos?

¡Arriba, caballeros de Occidente, arriba, todos los creyentes hacia el Oriente! ¿No escuchasteis la llamada? «¡Es la voluntad de Dios!» ¡Salid de las fortalezas, de los pueblos, de las ciudades! ¡Poneos en marcha, adelante, comienza la Cruzada por tierra y por mar!

Anno 1200. Conquistaron el Santo Sepulcro y lo perdieron de nuevo. Una Cruzada en vano, pero no del todo. Porque con este viaje, Europa despertó. Sintió su propia fuerza, midió su propio coraje, volvió a descubrir cuántas novedades y otredades tienen su lugar y su hogar en esta Tierra de Dios: otros espacios, otros frutos, otras telas y personas y animales y costumbres bajo un cielo diferente. Sorprendidos y avergonzados, los caballeros y sus campesinos y sus siervos se dieron cuenta de la vida tan aturdida que llevaban en su región, en Occidente y cuan ricos, cuan refinados eran los sarracenos. Aquellos paganos que desde la lejanía eran despreciados, tienen unas telas suaves, lisas y frescas de seda india, unos frondosos tapices de colores brillantes de Bujara, tienen especias, hierbas y aromas que estimulan y animan los sentidos. Sus barcos navegan hacia los países más lejanos para traer esclavos y perlas y minerales relucientes. Sus caravanas desfilan por los caminos en viajes infinitos. No, no se trata de gente salvaje como se creía. Conocen la Tierra y sus secretos. Tienen mapas y tablas donde todo queda escrito y registrado. Tienen sabios que conocen el curso de las estrellas y las leyes por las que se mueven. Han conquistado mares y tierras, se han apropiado de todas las riquezas, de todos los comercios, de todos los placeres de la vida aún sin ser mejores guerreros que los de la caballería alemana o francesa.

Pero ¿cómo lo hicieron? Han estudiado. Tienen escuelas y en sus escuelas están las escrituras que todo lo transmiten y explican. Están versados en la sabiduría de los antiguos eruditos de Occidente a la que añadieron sus propios conocimientos. Porque hay que estudiar para conquistar el mundo. No se deben malgastar las fuerzas en torneos y comilonas. También hay que tener una mente flexible, aguda y ágil como un acero toledano. O sea ¡aprender, pensar, estudiar, observar! En impaciente carrera, las universidades se suceden la una a la otra, las de Siena y de Salamanca, de Oxford y de Toulouse. Cada país quiere adueñarse de

la ciencia. Después de muchos siglos de indiferencia, el hombre occidental vuelve a ahondar en los secretos de la Tierra, del cielo y del ser humano.

Anno 1300. Europa se ha liberado de la cogulla teológica que le impidió la libre mirada sobre el mundo. No tiene sentido alguno pensar siempre en Dios, no tiene sentido interpretar una y otra vez los antiguos escritos escolásticos y discutir sobre ellos. Dios es el creador y dado que creó al hombre a su imagen y semejanza, lo quiere creativo. Los griegos y romanos han dejado sus modelos en todas las artes, todas las ciencias. Quizá pueda alcanzarse, pueda saberse lo que, antaño, supo la Antigüedad. Tal vez, incluso, pueda superarse. Una audacia desconocida se desata en Occidente. Vuelven a escribirse poemas, a pintar, a filosofar y ¡vaya! lo consiguen. Les sale de maravilla. Nace un Dante y un Giotto, un Roger Bacon y los maestros de las catedrales. Apenas movió por vez primera las alas deshabituadas desde hace tanto tiempo, la mente liberada se abre camino impetuosa en todas las direcciones.

Pero ¿por qué la Tierra sigue siendo tan estrecha? ¿Por qué el mundo terrestre y geográfico está tan limitado? Por todas partes no hay más que mar y mar y más mar por todas las costas y con ello lo desconocido y prohibido, este Océano inalcanzable con la vista, *ultra nemo scit quid contineatur*, del que nadie sabe qué es lo que esconde. Sólo en el Sur, pasando por Egipto, hay un camino que conduce a los países de ensueño de las Indias. Pero está cortado por los paganos. Y ningún mortal debe atravesar las columnas de Hércules, el estrecho de Gibraltar. Según las palabras de Dante será por toda la eternidad el fin de todas las aventuras:

… quella foce stretta
Ov'Ercole segnò li suoi riguardi
Acciocchè l'uom più oltre bon si metta.

¡Ay! Ningún camino lleva al *mare tenebrosum*, ningún barco que encauce su quilla hacia este desierto tenebroso volverá. El hombre ha de vivir en un espacio que no conoce; está encerrado en un mundo cuya extensión y configuración, difícilmente descubrirá.

Anno 1298. Dos ancianos barbudos acompañados por un hombre joven que parece ser hijo de uno de ellos, atracan con su barco en Venecia. Van vestidos con ropa extraña que nunca se había visto en el Rialto: largos mantos gruesos guarnecidos con pieles y insólitos adornos. Pero más extraño aún resulta ser que estos tres amigos hablen el dialecto veneciano más auténtico y aseguren proceder de Venecia, llamarse Polo y Marco Polo el más joven. Naturalmente no hay que tomar en serio lo que cuentan.

Que hace más de dos décadas viajaron desde Venecia hasta Mangi, hasta la China pasando por los imperios moscovitas, por Armenia y Turkestan y que vivieron allí en la corte de Kubla Khan, el soberano más poderoso del Mundo. Dicen que viajaron por todo su reino gigantesco que en comparación con Italia, sería como un clavel al lado del tronco de un árbol. Que habían llegado hasta el límite del Mundo donde, de nuevo, está el Océano. Cuando, después de muchos años, el gran Khan les dispensó de sus servicios dándoles abundantes regalos, volvieron a su patria por este Océano. Primero dicen haber pasado por Zipangu y por las Islas de las Especias y la gran isla Tapropane (Ceilán) y después por la bahía persa para regresar felizmente vía Trapezunt.

Los venecianos escuchan a los tres hombres y se ponen a reír. ¡Vaya cuentistas más divertidos! ¡Hasta ahora, nunca un cristiano llegó a toparse con aquel Océano por el otro extremo, ni puso el pie en las islas de Zipangu y Tapropane! Imposible. Pero la familia Polo invita a la gente a su casa y muestran los regalos y las piedras preciosas. Los escépticos, que juzgaron a la ligera, reco-

nocen con asombro que sus compatriotas llevaron a cabo los descubrimientos más audaces de su tiempo. Su reputación se expande a los cuatro vientos por todo Occidente y hace renacer de nuevo la esperanza: sí que es posible llegar a la India. Puede llegarse hasta estas regiones, las más ricas de la Tierra y, desde allí, seguir entonces al otro extremo del Mundo.

Anno 1400. Llegar hasta la India se ha convertido ahora en el gran sueño del siglo. Y resulta ser también el sueño de la vida de un solo hombre: del príncipe Enrique de Portugal que la Historia llama Enrique el Navegante aunque él mismo nunca navegó por el Océano. Pero dedica su vida y su ambición a este sueño único de *pasar a donde nacen las especerías*, a las islas Indicas, de llegar a las Molucas donde crecen la canela, la pimienta y el jengibre tan valiosos que, en aquellos tiempos, los comerciantes italianos y flamencos cobraban a peso de oro. Los otomanos han cerrado el Mar Rojo, el camino más cercano, a los «rumis», los «paganos», quedándose como monopolio con este lucrativo negocio. ¿Acaso no sería un acto beneficioso y, a su vez, una cruzada cristiana dejar en la estacada a los enemigos de Occidente? ¿Acaso no podría darse la vuelta por África para llegar a las Islas de las Especias? Los libros antiguos hablan de la extraña historia de un barco fenicio el cual, hace cientos de años, regresó de un viaje de dos años desde el Mar Rojo a Cartagena, doblando el cabo africano. ¿Sería posible conseguirlo de nuevo?

El príncipe Enrique convoca a los eruditos de aquel tiempo. En la punta más extrema de Portugal, el Cabo Sagres, donde el infinito mar Atlántico cubre los arrecifes con su espuma, se construye una casa en la que tiene una colección de mapas y mucha información náutica. Cita a astrónomos y pilotos, uno tras de otro. Para los viejos eruditos, atravesar el Ecuador es una empresa imposible. Se remiten a Aristóteles y Strabo y Ptolomeo, los sabios de la Antigüedad. Cerca del Trópico el mar se vuelve espeso, *mare pigrum*, y el sol perpendicular quemaría los barcos.

Nadie puede vivir en estas zonas, ningún árbol, ni una brizna de hierba crecería allí. Los navegantes se morirían de sed en el mar y en tierra se morirían de hambre.

Pero hay otros eruditos, judíos y árabes, que van en contra de esas afirmaciones. Vale la pena arriesgarse. Los comerciantes moriscos debieron inventar esos cuentos para desanimar a los cristianos. Hace tiempo que el geógrafo Edrisi descubrió que en el Sur hay un país fructífero, Bilad Ghana (Guinea), donde, atravesando el desierto, los moriscos iban a buscar sus esclavos negros.

Y que habían visto mapas, mapas árabes, que indican el camino alrededor de África. No hay nada que se oponga a navegar a lo largo de la costa, precisamente ahora que los nuevos instrumentos permiten determinar las latitudes y las brújulas procedentes de la China indican las dirección del Polo. No hay nada que se oponga siempre y cuando se construyan barcos más grandes y en mejores condiciones para la navegación. El príncipe Enrique da las órdenes. Y la gran proeza toma su rumbo.

Anno 1450. La gran proeza tomó su rumbo: esta gran e inmortal hazaña portuguesa. En 1419 se descubrió Madeira o, mejor dicho, se redescubrió. En 1435 se conocen las *insulae fortunatae* de la Antigüedad que durante tanto tiempo fueron un enigma. Casi cada año aporta un nuevo avance. Dieron la vuelta al Cabo Verde, en 1445 se llegaron al Senegal y ¡vaya! en todas partes hay palmeras y frutos y seres humanos. Ahora, la nueva era ya sabe más que los sabios de los tiempos anteriores y Nuno Tristão, con tono triunfante, pudo anunciar «con permiso de su majestad Ptolomeo» que había descubierto tierras fructíferas donde el gran griego había negado toda posibilidad. En un milenio, un navegante se atreve por vez primera a mofarse del sabio de los sabios de la Geografía. Los nuevos héroes se superan uno a otro. Diego Cam y Diniz Diaz, Cadamosto y Nuno Tristão: en las costas vírgenes hasta el momento, cada uno de ellos coloca orgullosamente la piedra conmemorativa con la cruz portuguesa

en señal de toma de posesión. El mundo sigue con asombro los avances por el mundo desconocido de este pueblo pequeño que cumple en soledad el *feito nunca feito*, la hazaña nunca realizada.

Anno 1486. ¡Triunfo! ¡Han dado la vuelta a África! Bartolomé Díaz ha doblado el Cabo Tormentoso, el Cabo de la Buena Esperanza. Desde allí, el camino ya no sigue hacia el sur. Sólo navegando con ayuda de los monzones favorables hacia el este por el océano, según la ruta que ya consta en los mapas que dos emisarios judíos llevaron al Preste Juan, rey cristiano de Abisinia, y que él hizo llegar al rey de Portugal, entonces se llega a la India. Pero la tripulación de Bartolomé Díaz está agotada y esto le priva del placer de una hazaña que, más adelante, Vasco da Gama llevará a cabo. ¡Por ahora ya hay suficiente! Han descubierto el camino. Ya nadie podrá anticiparse a Portugal.

Anno 1492. ¡Sí puede! Alguien se anticipó a Portugal. Había ocurrido algo increíble. Un tal Colón o Colom o Colombo —*Christophorus quidam Colonus vir Ligurus* según Petrus Martyr—, un hombre totalmente desconocido, *una persona que ninguna persona conocía*, según nos informa otro, se fue bajo bandera española por el océano abierto en dirección oeste en lugar de pasar por África en dirección este y ¡no hay mayor milagro! llegó, según dice, por este *brevissimo cammino* a la India. Es cierto que no dio con el Kubla Khan de Marco Polo pero, según nos informa, atracó primero en la isla Cipango (Japón) y luego aterrizo en Mangi (China). Estaba a pocos días del río Ganges.

Europa quedó asombrada cuando Colón regresó con unos indios de un extraño color rojizo, con papagayos y otros animales curiosos y dilatadas historias que hablaban del oro. Parece raro, muy raro —así que el globo terráqueo es más pequeño de lo que habían pensado y Toscanelli había dicho entonces la verdad—. Desde España o Portugal, navegando en dirección oeste, sólo se tarda tres semanas en llegar a la China o al Japón y a las proximidades de las Islas de las Especias. Entonces, si la India y sus teso-

ros están a las puertas de España ¿por qué dar la vuelta por África durante seis meses? ¡Vaya tontería! Lo primero que hace España es asegurarse mediante una bula papal este camino hacia el oeste y hacia todos los países que allí quedan por descubrir.

Anno 1493. Colón, que ahora ya no es un *quidam* sino un gran almirante de Su Majestad Real y el virrey de las provincias recién descubiertas, va a la India por segunda vez. Lleva consigo unas cartas de la reina para el gran Khan al que esta vez espera encontrar con certeza en la China. Le acompañan mil quinientos hombres, guerreros, marineros, pobladores e incluso músicos *para entretener a los autóctonos*. Además de abundantes cajas con herrajes para el oro y las piedras preciosas que tiene previsto traer a casa desde Cipango y Calicut.

Anno 1497. Sebastián Cabot, otro navegante, atravesó el Océano partiendo de Inglaterra. Y ¡vaya! él también llegó a tierra firme. ¿Acaso se trata del viejo «Vinland» de los vikingos? ¿O de China? Pero de todas formas es maravilloso que se haya vencido al Océano, *el mare tenebroso* y ahora, poco a poco, hay que entregar su secreto a los valientes.

Anno 1499. ¡Portugal prorrumpe en júbilo, en Europa causa sensación! Vasco da Gama regresó de la India doblando el peligroso cabo. Había elegido el otro camino, el más difícil, pero atracó en Calicut donde están los riquísimos *zamorin* y no, como Colón, en unas islas pequeñas y en tierra firme remota: él vio el corazón de la India y sus tesoros. Enseguida se moviliza una nueva expedición al mando de Cabral. España y Portugal compiten ahora por la India.

Anno 1500. Un nuevo acontecimiento. Al doblar el cabo africano, Cabral se desvió demasiado hacia el oeste y dio otra vez con tierra en el sur, al igual que Cabot en el norte. ¿Acaso se trata de la isla Antilla, la legendaria Antilla de los mapas antiguos?

Anno 1502. Pasan demasiadas cosas para poder entender, comprender o abarcarlas todas. En una sola década hubo más descubrimientos que en todo el milenio anterior. Un barco tras otro sale del puerto y todos regresan con novedades. Parece como si la niebla hechicera se hubiera desgarrado de súbito: en el norte, en el sur, a dondequiera que vaya la quilla rumbo al oeste, en todas partes hay tierra e islas. El almanaque con todos sus santos ya no tiene suficientes nombres para bautizarlas a todas. Ya sólo el almirante Colón afirma haber descubierto unas mil y haber visto unos ríos que nacen en el Paraíso. ¡Pero qué cosa tan extraña! ¿Por qué razón ignoraban los antiguos y los árabes la existencia de todas estas islas, de estos países tan extraños de las costas de la India? ¿Por qué no los mencionó Marco Polo? ¿Y cuán distinto es lo que él cuenta de Cimpango y de Zaitun de lo que encontró el almirante? Todo aquello es tan confuso y contradictorio y lleno de enigmas que ya no se sabe a qué atenerse con respecto a estas islas al oeste. ¿Es verdad que ya dieron la vuelta al mundo? ¿Es verdad que Colón, como dice, estuvo tan cerca del Ganges? ¿Qué viniendo del oeste podría haberse encontrado con Vasco da Gama que avanzaba desde el este? La redondez de la Tierra ¿será menor o mayor de lo pensado? Ahora que los tipógrafos nos han facilitado el acceso a los libros ¡ojalá alguien se prestara a explicarnos todos estos milagros! Los eruditos, los navegantes, los comerciantes, los duques aguardan con impaciencia, como toda Europa. Después de estos descubrimientos, la Humanidad quiere por fin saber lo que se descubrió. Todos sienten que se llevó a cabo la proeza del siglo pero aún carece de sentido e interpretación.

Treinta y dos páginas de inmortalidad

En 1503 aparecen casi simultáneamente en las más diversas ciudades —París, Florencia, no se sabe en cuál de ellas primero— unos folletos impresos, entre cuatro y seis en total y con el título de *Mundus Novus*. Al poco tiempo se sabe que el autor de este tratado escrito en lengua latina es un tal Albericus Vespucius o Vesputius. Éste informa a modo de carta a Laurentius Petrus Franciscus de Medici acerca de un viaje que emprendió por encargo del rey de Portugal hacia unos países hasta ahora desconocidos. En aquel entonces, este tipo de relato epistolar sobre los viajes de exploración era relativamente frecuente. Todas las importantes casas de comercio alemanas, holandesas e italianas, los Fugger, los Welser, los Medici y, además la Señoría de Venecia tienen sus corresponsales en Lisboa y Sevilla que, con el fin de una orientación comercial, les ponen al corriente de todas las empresas a la India dotadas de éxito. Estas cartas de los agregados comerciales son muy solicitadas porque, en realidad, contienen secretos comerciales y las copias al igual que los mapas —los portulanos— de las costas recién descubiertas se ponen a la venta como si fueran objetos de valor. A veces, una de estas copias cae en manos de un tipógrafo ducho en los negocios quien, acto seguido, la multiplica en su imprenta. Estos volantes que significan para el gran público lo que más tarde sería el periódico, por su voluntad de facilitar rápidamente el acceso a las novedades interesantes, se venden en las ferias al igual que las indulgencias y las recetas médicas. Los amigos se lo mandan mutuamente junto a una carta o un paquete. De esta forma, una carta originalmente

de carácter privado de un factor a su jefe adquiere a veces la publicidad de un libro impreso.

Desde la primera carta de Colón en 1493 donde anunciaba su llegada a las islas «cerca del Ganges» ninguno de los boletines de la época causó tanta sensación general ni tan trascendente como estos cuatro folletos de un tal Albericus del que hasta ahora nadie había oído hablar.

El texto en sí ya proporciona una cierta impresión. Esta carta, así indica su autor, fue traducida del italiano al latín —*ex italica in latinam linguam*— «para que todos los eruditos se apercibiesen de cuantas cosas maravillosas iban a descubrir este mismo día» (*quam multa miranda in dies reperiantur*), cuantas tierras hasta ahora incógnitas encontrarían y cuántas cosas albergarían (*cuanto a tanto tempore quo mundus cepit ignota cit vastitas térrea et quod continetur in ea*). Esta notificación a bombo y platillo es ya de por sí un buen señuelo para un mundo ávido de noticias. Por consiguiente el pequeño volante tiene muchísima salida. Se reimprime en las ciudades más lejanas; se traduce al alemán, al holandés, al francés y al italiano y se incluye en todas las colecciones de relatos de viajes que a la sazón empiezan a publicarse en todos los idiomas. Se trata de un hito, o incluso del fundamento de la geografía moderna para un mundo todavía ignorante.

El gran éxito del librito se comprende perfectamente. Porque ese desconocido Vespucius es el primero de todos los navegantes que tiene el don de redactar bien y de forma divertida. Todo lo demás que se encuentra en este tipo de embarcaciones aventureras son raqueros, soldados y marineros que ni siquiera saben firmar con su nombre o como mucho algún que otro escribano, un jurista aburrido que sólo sabe acumular los hechos con impasibilidad, o un piloto que anota los grados de longitud y de latitud. Así que al final del siglo, el gran público aún no ha sido instruido acerca de los descubrimientos en aquellas tierras lejanas. Y entonces aparece un hombre fidedigno e incluso erudito que no

exagera ni se inventa cosas sino que informa honradamente de cómo, el día 14 de mayo de 1501 y por encargo del rey de Portugal, surcó el océano durante dos meses y dos días bajo un cielo que estaba tan oscuro y tempestuoso que no podía verse ni el sol ni la luna. Hace partícipe al lector de todos los terribles acontecimientos, cuenta cómo habían perdido ya toda esperanza de un desembarco feliz puesto que los buques, perforados por la carcoma, hacían agua. Gracias a su habilidad de cosmógrafo divisaron, por fin, el día 7 de agosto de 1501 —la fecha no siempre es la misma en todas las relaciones pero no queda más que acostumbrarse a las imprecisiones de este hombre erudito— ¡tierra, tierra de promisión! Allí el hombre no tiene que trabajar ni afanarse. Los árboles no precisan cultivo; dan frutos en abundancia, los ríos y los manantiales tienen agua pura y cristalina, el mar está repleto de peces y la tierra increíblemente fructífera y rebosante de sabrosos frutos totalmente desconocidos. Frescas brisas soplan en estas tierras exuberantes y los bosques tupidos hacen que incluso los días más calurosos se vuelvan agradables. Hay miles de animales y pájaros de cuya existencia Tolomeo no tenía la menor idea. Los indígenas viven todavía en un estado de inocencia absoluta. Tienen la piel de color rojizo debido a que, según el viajero, andan desnudos desde que nacen hasta la muerte, de manera que el sol tuesta su piel. No poseen ropa, ni joyas, ni propiedad alguna. Lo que hay es de todos, incluso las mujeres de cuya sensualidad, siempre complaciente el erudito trae a cuenta unas anécdotas harto picantes. A estas criaturas de la naturaleza la vergüenza y el deber moral les son completamente ajenos. El padre duerme con la hija, el hermano con la hermana, el hijo con la madre. No hay complejo de Edipo ni escrúpulos y, sin embargo, alcanzan la edad de ciento cincuenta años a no ser que —y esto es la única característica desagradable— se devoren antes unos a otros como los caníbales. En otras palabras «si hay un paraíso terrestre en algún lugar, no puede estar muy lejos de aquí». Antes

de que Vesputius se despida de Brasil —porque allí se encuentra el paraíso del que habla— se explaya todavía sobre la belleza de las estrellas que resplandecen en constelaciones y signos diferentes en este Hemisferio bendito y promete seguir contando más adelante cosas de este u otros viajes en un libro «para que el recuerdo de él siga vivo en la posteridad» (*ut mei recordatio apud posteros vivat*) y que «sea conocida la milagrosa obra de Dios también en esta parte de la Tierra desconocida hasta ahora».

No es difícil entender la sensación que causó este relato vivido y pintoresco entre los contemporáneos. Puesto que no sólo se estimula y se satisface a la vez la curiosidad por estas regiones desconocidas, sino que Vespucio toca, inconscientemente, una de las esperanzas más misteriosas de la época al decir que «si hay un paraíso terrestre en algún lugar, no puede estar muy lejos de aquí». Hacia tiempo que los padres de la Iglesia, especialmente los teólogos griegos, habían formulado la tesis de que, después del pecado de Adán, Dios, en modo alguno, había destruido el Paraíso. Sólo lo había trasladado al «anticton», a la punta opuesta de la tierra, a un espacio inaccesible para el hombre. Según la teología mítica, no obstante, este «anticton» debería situarse más allá del Océano, es decir, al otro lado de una zona infranqueable para los mortales. Pero ahora que, gracias a su audacia, los descubridores han cruzado este Océano inaccesible hasta ahora alcanzando el hemisferio de otras estrellas ¿acaso no podría realizarse el viejo sueño de la humanidad de recuperar el Paraíso? Es, pues, natural que el relato de Vespucio de aquel mundo inocente, que, extrañamente, tiene mucha semejanza con el mundo antes del pecado original, emocionara a una época que, como la nuestra, vivía en medio de catástrofes. En Alemania se inicia el levantamiento de los campesinos porque ya no aguantan la servidumbre feudal, en España manda la Inquisición y ni siquiera deja en paz a la persona de más fiar, Italia y Francia han quedado devastadas

por las guerras. Cansadas de esta congoja diaria y por repugnancia a aquel mundo sobreexcitado, miles y miles de personas ya han buscado refugio en conventos y monasterios. No hay calma, ni descanso ni paz para «el hombre de a pie» que sólo pretende vivir sosegadamente sin ser molestado. Y de repente les llega la noticia, pasando de ciudad en ciudad escrita en pequeños volantes: que un hombre fidedigno, ningún estafador, ningún Simbad, ningún mentiroso sino un hombre instruido enviado por el rey de Portugal, había descubierto un país mucho más allá de todas las regiones conocidas donde reina todavía la paz entre los hombres. Un país donde las almas no se destruyen en la lucha por el dinero, la propiedad y el poder. Un país que no conoce los príncipes, los reyes, las sanguijuelas y los jefes de prestaciones personales, donde no hay que matarse trabajando por el pan de cada día, donde la tierra alimenta con complacencia a los hombres y donde el hombre no es enemigo del hombre. Con su relato, Vespucio, aquel desconocido, desata una antigua esperanza religiosa, una esperanza mesiánica; ha llegado al más profundo anhelo de la humanidad, al sueño de la libertad de la moral, del dinero, de la ley y de la propiedad. Ha llegado a aquel deseo insaciable de alcanzar una vida sin fatiga, sin responsabilidades, que yace secretamente en el alma de todo ser humano como un vago recuerdo del paraíso.

Al parecer, esta extraña circunstancia debió ser la idónea para que estos pocos volantes pequeños y mal impresos tuvieran un efecto histórico mucho mayor que todos los demás relatos, los de Colón incluidos. Pero la fama y el significado histórico mundial de aquel diminuto volante no se debe al contenido ni a la tensión anímica. El éxito propiamente dicho de esta carta no es, curiosamente, la carta en sí, sino su título, las dos palabras, las cuatro sílabas *Mundus Novus* las que provocaron una revolución sin precedentes en el modo de contemplar el Cosmos. Hasta ahora, para Europa, el gran acontecimiento geográfico de la épo-

ca había sido que la India, el país de los tesoros y de las especias, fue alcanzado por dos caminos distintos en el término de una década: por Vasco da Gama que había navegado hacia el este doblando África y por Cristóbal Colón yendo hacia el oeste y cruzando el Océano infranqueable hasta ahora. La gente admiraba los tesoros que Vasco da Gama trajo de regreso de los palacios de Calicut, tenía curiosidad por saber de todas esas islas que según el gran almirante del rey de España, Cristóbal Colón, se situaban delante de la costa de China. Es decir, según su extática afirmación, él había pisado también el país del Gran Khan descrito por Marco Polo. Así pues parecía que se había dado la vuelta al mundo: por ambos caminos se había llegado a la India que durante mil años había sido inaccesible.

Pero ahora llega otro navegante, aquel hombre raro llamado Albericus y anuncia algo mucho más asombroso. Afirma que, en su viaje hacia el oeste, no llegó a la India sino a un país nuevo, completamente desconocido que se sitúa entre Asia y Europa. Vespucio escribe textualmente que se puede llamar tranquilamente Nuevo Mundo a aquellas regiones que él descubrió por encargo del rey de Portugal —*Novum Mundum appellare licet*— y apoya su opinión con abundantes razones. «Porque nadie de nuestros antepasados conocía estos países que vimos, ni sabía lo que hay en ellos». Nuestros conocimientos van mucho más allá que los suyos. La mayoría de ellos creían que no hay tierra firme al sur del Ecuador sino sólo un mar infinito que llamaron Atlántico. Y también aquellos que admitían allí la posible existencia de un continente, por diversas razones, defendían la idea de que era inhabitable. Con mi viaje demostré que se trata de una opinión absurda y que se opone radicalmente a la verdad puesto que encontré un continente al sur de la línea ecuatorial donde hay algunos valles mucho más poblados por hombres y animales que Europa, Asia y África y que, además, posee un cli-

ma más agradable y suave que los demás continentes que conocemos.

Estas palabras, pocas pero decisivas convierten al *Mundus Novus* en un documento memorable para humanidad. Representan la primera declaración de independencia de América formulada doscientos setenta años antes que la otra. Colón, que hasta la hora de su muerte vive en la ilusión de haber llegado a la India, al poner pie en Guanahaní y en Cuba, hace, de hecho, que el Cosmos se presente más pequeño a sus contemporáneos. Cuando Vespucio invalida la hipótesis de que ese nuevo continente sea la India afirmando de un modo claro y terminante que se trata de un Nuevo Mundo, introduce a su vez una nueva medida, válida hasta nuestros días. Rompe con la ceguera que impidió al gran descubridor ver su proeza con claridad y aunque no sospecha, ni de lejos las dimensiones de este continente, conoce al menos la autonomía de la parte meridional. En este sentido, Vespucio concluye realmente el descubrimiento de América, puesto que todos los descubrimientos, todos los inventos, no sólo cobran valor por aquellos que los hacen sino que incrementan el valor para quienes reconocen su sentido y su eficacia. Si Colón tiene el mérito de la acción, Vespucio, tiene el mérito histórico de la interpretación por aquellas palabras suyas. Cual intérprete de sueños nos hizo ver lo que su precursor encontró como en estado sonámbulo.

La sorpresa que causa la noticia de Vespucio, hasta ahora completamente desconocido, es inmensa. Influye profundamente en la conciencia general de la época, más profunda y duraderamente que el descubrimiento del genovés. Que se hubiera encontrado un nuevo camino hacia la India, que pudiera llegarse desde España por el mar a estos países descritos por Marco Polo hace mucho tiempo, desde el punto de vista comercial, sólo había preocupado a un grupo reducido, directamente interesado en este descubrimiento: a los comerciantes, a los mercaderes de Ambe-

res, de Augsburgo y Venecia que, con mucho empeño, ya empezaban a hacer sus cálculos para averiguar cuál de los caminos resultaría más económico —el de Vasco da Gama por Oriente, o el de Colón por Occidente— para transportar las especias, la pimienta y la canela. Mas la noticia de este Albericus de que se había encontrado una parte nueva del mundo en medio del Océano, actúa con fuerza irresistible sobre la imaginación de las masas. ¿Acaso se trata de la fabulosa isla Atlántida de los antiguos? ¿O de las islas Afortunadas, las pacíficas? Crece milagrosamente el amor propio de la época por la sensación de que la tierra es más grande y entraña más asombro del que, incluso los hombres más sabios de la antigüedad habían podido sospechar y que son ellos, esta generación, al que queda reservado el derecho de revelar los últimos misterios del globo terráqueo. No es difícil entender cuán impacientemente los eruditos, los geógrafos, los cosmógrafos, los tipógrafos y la muchedumbre de lectores aguardan el día en el que aquel desconocido Albericus cumpla su promesa de contar más de sus investigaciones y viajes que, por vez primera, instruyen al mundo y a la humanidad sobre las dimensiones del globo terráqueo.

Los impacientes no han de esperar demasiado tiempo. Dos o tres años más tarde, un tipógrafo de Florencia que, con buen motivo, silencia su nombre —más adelante sabremos el porqué — publica un delgado librito de dieciséis páginas en lengua italiana con el título de *Lettera di Amerigo Vespussi delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi* (carta de Américo Vespucio acerca de las islas encontradas durante los cuatro viajes) Al final de este opúsculo encontramos la fecha: *Data in Lisbona a di 4 septembre 1504. Servitore Amerigo Vespucci in Lisbona*.

Ya sólo por el título el mundo sabe, por fin, algo más de este hombre misterioso. Primero que se llama Américo Vespucio y no Albericus Vesputius. La introducción, dirigida a un ilustre señor, nos revela más datos vitales. Vespucio dice haber nacido en

Florencia y haber viajado a España en calidad de viajante (*per tractare mercantie*). Cuatro años ejerció esta profesión. Durante este tiempo se percató de la inestabilidad de la fortuna *que reparte mal a sus bienes efímeros e inestables, que un día encumbra al hombre para derrocarlo al día siguiente*. Pero puesto que al mismo tiempo pudo observar los peligros y disgustos de esta caza por la ganancia, decidió abandonar el comercio proponiéndose una meta más sublime y honesta: la de ver parte del mundo y sus maravillas (*mi disposi d'andare a vedere parte del mondo e le sue maraviglie*). Para ello tuvo buena ocasión puesto que el rey de Castilla había equipado cuatro naves para descubrir nuevas tierras en Occidente y él fue aceptado para formar parte de la expedición y ayudar a descubrir (*per aiutare a discoprire*). Pero Vespucio no sólo habla de este primer viaje sino también de los tres restantes (entre ellos también de aquel descrito ya en *Mundus Novus*), es decir, él emprendió —la cronología es importante—:

Un primer viaje del 10 de mayo de 1497 al 15 de octubre de 1498, bajo pabellón español.

El segundo del 16 de mayo de 1499 al 8 de septiembre de 1500, también por encargo del rey de Castilla.

El tercero (*Mundus Novus*) del 10 de mayo de 1501 hasta el 15 de octubre de 1502 bajo pabellón portugués.

El cuarto del 10 de mayo de 1503 hasta 18 de junio de 1504, también para los portugueses.

Con estos cuatro viajes, el comerciante desconocido se convirtió en uno de los grandes navegantes y descubridores de su época.

En la primera edición de la *Lettera*, de la carta, no se hace mención alguna para saber a quién iba dirigida; sólo en las posteriores se dice que era para el *gonfaloniere* Pietro Soderini, para el gobernador de Florencia, pero aún falta un documento válido para la comprobación; pronto encontraremos otros puntos oscu-

ros en la producción literaria de Vespucio. Pero con excepción de algunas fórmulas de cortesía al principio, la forma de la redacción es tan fluida, divertida y tan variada como la de *Mundus Novus*. Vespucio no sólo aporta nuevos detalles acerca de la «vida epicúrea» de aquellos pueblos desconocidos sino que describe también los combates, los náufragos y los episodios dramáticos con los caníbales y las serpientes gigantes. Gracias a él, muchos animales y objetos (como, por ejemplo, el *hammock*, la hamaca) pasan por vez primera a la historia de la civilización. Los geógrafos, los astrónomos, los comerciantes encuentran allí una valiosa información; los eruditos una serie de tesis sobre las que poder debatir y explayarse; y el gran público de curiosos también puede estar muy satisfecho con la lectura. Al final, Vespucio promete de nuevo una gran obra, propiamente dicha, sobre aquellos nuevos mundos la cual pretende escribir en su ciudad natal tan pronto se haya retirado a la vida privada.

Pero la obra nunca vio la luz o bien, al igual que los diarios de Vespucio, nunca llegaron hasta nosotros. Treinta y dos páginas (de las cuales el tercer viaje sólo representa una variante del *Mundus Novus*) comprenden toda la producción literaria de Américo Vespucio, un bagaje menudo y de poco peso para el camino de la inmortalidad. Sin exagerar podríamos decir que nunca jamás un escritor se hizo famoso con una obra de tan corta extensión. Una casualidad tras otra, un error tras otro tenía que pasar para que se colocara a tanta altura sobre su época y que aún la nuestra ha de recordar aquel nombre que con la bandera estrellada se eleva hacia las estrellas.

La primera casualidad y, a su vez, el primer error pronto siguen en un sentido más amplio de la palabra a esas treinta y dos páginas insignificantes. En 1504 un ingenioso tipógrafo italiano ya había tenido el fino olfato para saber que el tiempo sería favorable a la publicación de colecciones de relatos de viajes. Albertino Vercellese de Venecia es el primero que recoge en un peque-

ño volumen todos los relatos de viajes a los que tiene acceso. Aquel *Libretto de tutta la navigazione del Rè de Spagna e terreni novamente trovati* que contiene las relaciones sobre Cadamosto, Vasco da Gama y la primera empresa de Colón tiene tan alto índice de ventas que, en 1507, un tipógrafo de Vicenza decide publicar una antología más voluminosa (126 páginas) que abarca las expediciones portuguesas de Cadamosto, Vasco da gama, Cabral, las tres primeras empresas de Colón y el *Mundus Novus* de Vespucio. Desgraciadamente no se le ocurre nada mejor que titularlo *Mondo novo e paesi nuovamente retrovati da Alverico Vesputio florentino* (Nuevo Mundo y nuevas tierras encontradas por Alberico Vespucci de Florencia). Y con ello comienza la gran comedia de las confusiones. Porque aquel título es peligrosamente ambiguo. Es fácil pensar ahora que Vespucio no sólo pone el nombre de *Mundus Novus* a las nuevas tierras sino que estas nuevas tierras fueron también descubiertas por él. Con sólo dar un breve vistazo a la portada, inevitablemente se cae en este error. Este libro reimpreso muchísimas veces pasa por miles de manos y divulga con peligrosa rapidez la noticia errónea de que Vespucio es el descubridor de aquellas nuevas tierras. La mera casualidad de que un tipógrafo inocente de Vicenza escribe el nombre de Vespucio en lugar del de Colón en la portada de su antología, otorga a Vespucio, que tampoco sospecha nada, una fama de la que no sabe nada y, sin quererlo ni saberlo, le convierte en el usurpador de un mérito ajeno.

Huelga decir que este error solo no hubiera sido suficiente para tener tan trascendental alcance a través de los siglos. Pero no es más que el primer acto o, mejor dicho, el comienzo de esta comedia de confusiones. Las casualidades tienen que seguir encadenándose laboriosamente antes de que este fantasma engañoso se descubra. Y, cosa extraña, es justo ahora cuando, a pesar de que Vespucio terminase ya su obra literaria con estas pobres treinta y dos páginas, empieza su ascenso hacia la inmortalidad,

quizás el más grotesco que jamás haya conocido la historia de la fama. Y empieza en otra parte del mundo, en un lugar donde Vespucio nunca puso su pie y, probablemente, de cuya existencia el comerciante marino no tuvo la menor idea: en la pequeña ciudad de Saint-Dié.

Un mundo recibe su nombre

El que nunca ha oído el nombre de la pequeña ciudad de Saint-Dié, no tiene que reprocharse nada por falta de conocimientos geográficos. Incluso los sabios han tardado más de dos siglos para averiguar dónde, en el fondo, se encontraba este *Sancti Deodati oppidum* que influyó tan decisivamente en la definición del nombre de América. Escondido al abrigo de los Vosgos y perteneciente al ducado de Lorena, desaparecido hace tiempo, este pequeño lugar no pudo atribuirse mérito alguno para atraer la curiosidad del mundo. En aquel entonces, el soberano René II, al igual que su ilustre abuelo *le bon roi René*, lleva, efectivamente, los títulos de rey de Jerusalén y de Sicilia y conde de Provenza, pero, en realidad no es más que duque de este pequeño trozo de tierra que gobierna honradamente con mucho amor al arte y a las ciencias. Es extraño que —y al parecer la Historia ama el juego de las pequeñas analogías— en la pequeña ciudad se hubiese publicado ya un libro con anterioridad que influyó en el descubrimiento de América puesto que, justamente aquí, el obispo de Ailly escribió aquella obra llamada *Imago Mundi*. A su vez, la carta de Toscanelli dio el impulso decisivo para que Colón buscara el camino de las Indias en dirección oeste. Hasta su muerte, esta obra acompañó al almirante en todos sus viajes y este ejemplar que todavía se conserva hoy en día contiene muchísimas notas marginales de su propio puño y letra. Así pues, no puede negarse una cierta relación precolombina entre América y Saint-Dié. Pero sólo bajo el reinado del duque René se produce allí aquel extraño acontecimiento —o error— al cual América debe su nombre. Bajo el protectorado de René II —al parecer

también con su apoyo económico—, se juntan en esta ciudad diminuta de Saint-Dié algunos humanistas para formar una especie de colegio llamado *Gymnasium Vosgianum* con el fin de enseñar o divulgar la ciencia por medio de la impresión de libros valiosos. En esta academia diminuta se reúnen los legos y los sacerdotes con el fin de una cooperación cultural. Pero, probablemente, nunca nos hubiéramos enterado de sus discusiones eruditas si, alrededor de 1507, un tipógrafo llamado Gauthier Lud no se hubiera decidido a instalar allí una prensa tipográfica para imprimir libros. De hecho, había elegido un buen sitio porque, gracias a esta academia diminuta, Gauthier Lud tuvo a mano la gente adecuada: editores, traductores, correctores e ilustradores. Además, Estrasburgo con su Universidad y sus buenos ayudantes no estaba lejos. Y puesto que el generoso duque actúa como patrocinador prestando su apoyo, en esta pequeña ciudad retirada del mundo puede atreverse uno con una obra de mayor calibre.

¿Pero qué tipo de obra? Desde que año tras año, los descubrimientos amplían los conocimientos acerca del mundo, la geografía ocupa toda la curiosidad de la época. Hasta ahora sólo existía un libro clásico de geografía, la *Cosmografía* de Tolomeo cuyas explicaciones y mapas eran considerados por los eruditos europeos inmejorables y perfectos desde hacía siglos. Desde 1475 una traducción al latín había puesto al alcance de todos los eruditos este código general de la Cosmografía y convertido en imprescindible: lo que afirmaba Tolomeo, o lo que exponía a través de sus mapas, se consideraba demostrado en virtud de la autoridad de su nombre. Pero, justamente en estos veinticinco años, los conocimientos del cosmos se habían ampliado más que en los siglos anteriores y aquél sabio que durante un milenio sabía más que todos los cosmógrafos y geógrafos, de repente fue desmentido y aventajado por unos navegantes y aventureros audaces. El que ahora quiera volver a publicar la *Cosmografía*, habrá de corregirla y completarla. Habrá de introducir en los mapas antiguos las

costas e islas nuevas descubiertas en el oeste. La experiencia tiene que rectificar a la tradición. Con todo respeto ante la obra clásica, la humilde corrección ha de otorgar una nueva fiabilidad si se quiere seguir considerando a Tolomeo como sabio de los sabios y a su obra indiscutible. A nadie antes que a Gauthier Lud se le había ocurrido completar la obra incompleta. Es una tarea de gran responsabilidad pero, a su vez, una labor halagüeña a propósito para un grupo de personas dispuestas a trabajar conjuntamente.

Gauthier Lud, que no es sólo un simple tipógrafo sino también, en su calidad de secretario del duque y de capellán, una persona culta y, además, acomodada, examina su pequeño grupo y ha de reconocer que no habría podido encontrar mejor constelación. Para el dibujo y el grabado de mapas queda a disposición un excelente matemático y geógrafo joven llamado Martin Waldseemüller que, según el uso de la época, traduce al griego en las obras de erudición adoptando el nombre de Hylacomylus. Con veintisiete años y estudiante de la Universidad de Brisgovia, une la frescura y la audacia de la juventud con los buenos conocimientos y un gran talento para el dibujo que, durante muchas décadas aseguran a sus mapas el lugar preferencial en la historia de la cartografía. También se ofrece un joven poeta, Matthias Ringmann, que se llamará Philesius, capaz de prologar una obra con epístola poética y pulir con elegancia los textos latinos. Tampoco faltará el traductor adecuado; lo encuentran en la persona de Jean Basin quien como buen humanista, no sólo conoce las lenguas antiguas sino también las modernas. Con un gremio de personas tan instruidas, se puede emprender la revisión de esta famosa obra con toda tranquilidad. ¿Pero dónde buscar las bases para la descripción de las regiones recién descubiertas? ¿Acaso no fue aquel Vespucio quien mencionó primero el «mundo nuevo»? Al parecer fue Matthias Ringmann quien ya publicó en 1505 en Estrasburgo el *Mundus Novus* con el título *De Ora An-*

tarctica. Fue él quien aconsejó añadir como suplemento natural a la obra de Tolomeo en lengua latina la *Lettera* italiana desconocida todavía en Alemania.

Hubiera sido un comienzo honrado y digno de gratitud, pero la vanidad de los editores juega una mala pasada a Vespucio y así se hace el segundo nudo gordiano que la posterioridad utiliza en contra del desprevenido. En lugar de decir con toda franqueza la verdad, o sea, decir que habían traducido directamente del italiano al latín la *Lettera*, los relatos de Vespucio acerca de sus cuatro viajes tal como habían sido publicados en Florencia, los humanistas de Saint-Dié se inventan una historia novelesca, ya para dar importancia a su publicación, ya para hacer honra en especial y ante todo el mundo, a su mecenas, el duque Renato. Hacen creer al público que Américo Vespucio, el descubridor de estas nuevas tierras, aquél muy célebre cartógrafo es un particular amigo y admirador del duque y que había enviado a éste la *Lettera* directamente a Lorena y que esta edición era la primera publicación. ¡Qué homenaje más grande para el duque! El sabio más ilustre de la época, un hombre eminente, envía el relato de sus viajes sólo al rey de España y ¡a este régulo! Para mantener esta ficción piadosa, se modifica la dedicatoria a la *Magnificenza* italiana de modo que vaya dirigida al *illustrissimus rex Renatus*; y para borrar todo rasgo revelador de que no se trata más que de la traducción de un original italiano publicado hace tiempo, se incluye una nota diciendo que Vespuccio había enviado la obra en lengua francesa y que Johannes Basinus (Jean Basin), *insignis poeta*, lo había traducido del francés, *ex gallico*, en un latín elegante (*qua pollet elegantia latina interpretavit*). Vista de cerca, esta impostura basada en la ambición se muestra como bastante transparente porque el *insignis poeta* ha trabajado demasiado deprisa para hacer desaparecer todos los pasajes que dejan entrever el origen italiano. Hace que Vespucio cuente cosas al rey Renato de Lorena que, a lo sumo, hubieran interesado a Médici o Sonderini como,

por ejemplo, que los dos estudiaron juntos en Florencia con su tío Antonio Vespucio. O le hace hablar de Dante como poeta *nostro*, lo cual, desde luego, sólo era explicable al escribir un italiano a otro. Pero pasarán siglos hasta que se descubra este engaño del que Vespucio tiene tan poca culpa como de todo lo demás. Y en centenares de obras (aun en nuestros días) se considera que estos cuatro relatos de viaje son dirigidos realmente al duque de Lorena; toda la gloria y toda la ignominia de Vespucio se levantan sobre el fundamento de aquel libro impreso, sin saberlo él, en un rincón de los Vosgos.

Pero todo eso son tramas y prácticas comerciales que se ignoran en aquella época. Los libreros, los eruditos, los duques, los comerciantes sólo ven aparecer un buen día en la feria del libro del 25 de abril de 1507 una obra de 52 páginas con el título de: *Cosmographiae introductio: Cum quibusdam geometriae ac astronomiae principiis ad eam rem necessariis. Insuper quatuor Americi Vespuccii navigationes. Universales cosmographiae descriptio tam in solido quam plano eis etiam insertis quae in Tolomeo ignota a nuperis reperta sunt*. (Introducción a la cosmografía con los principios de geometría y de astronomía necesarios para ella. Además los cuatro viajes de Américo Vespucio, así como una descripción [mapa] del cosmos, tanto en forma plana como en la de globo de todas las partes ignoradas por Tolomeo y que han sido descubiertas hace poco tiempo).

El que abra este pequeño libro, tendrá que aguantar primero la vanidad poética de los editores que hacen ostentación de su talento poético. Un breve poema en latín de Matthias Ringmann dedicado al emperador Maximiliano y un prólogo de Waldseemüller Hylacomylus dirigido al emperador a cuyos pies pone la obra. Sólo después de haber podido satisfacer su vanidad los dos humanistas, comienza el texto erudito de Tolomeo a cuya conti-

nuación, después de una breve notificación, siguen los cuatro viajes de Vespucio.

Con esta publicación en Saint-Dié, el nombre de Américo Vespucio ha vuelto a subir muchos escalones aunque no haya alcanzado todavía la cima de la gloria. En la portada de la antología italiana *Paesi nuevamente retrovati* su nombre figuraba todavía de forma ambigua como descubridor del «nuevo mundo» y en el texto sus viajes cobraban la misma importancia que los de Colón y de otros navegantes. En la *Cosmographiae Introductio* el nombre de Colón ya ni siquiera se menciona —tal vez una casualidad debida a la ignorancia de los humanistas de los Vosgos— pero que resulta ser una casualidad fatal, puesto que toda la gloria, todo el mérito del descubrimiento recaen enteramente en Vespucio, y sólo en Vespucio. En el segundo capítulo, en la descripción del mundo conocido por Tolomeo, se dice que si bien las dimensiones de aquél fueron extendidas por otros, sólo ahora han sido realmente dadas a conocer a la humanidad por Américo Vespucio (*nuper vero ab Americo Vesputio latius illustratam*). En el capítulo número cinco se le reconoce de manera expresa como descubridor de estas tierras nuevas *et maxima pars Térrea semper incognitae nuper ab Americo Vesputio repertae*. Y de repente, en el séptimo capítulo, aparece por vez primera aquella propuesta que habrá de ser determinante para los siglos venideros. Al mencionar la cuarta parte del mundo, *quarta orbis pars*, Waldseemüller añade, a modo de propuesta personal, *quam quia Americus invenit Amerigem quasi Americi terram, sive Americam nuncupare licet*, que, puesto que fue descubierto por Américo, podría llamarse en adelante tierra de Américo o América.

De hecho, estas tres líneas son la verdadera partida de bautismo de América. En aquella página en cuarto consta por vez primera el nombre en letras de molde y reproducidas por medio de la imprenta. Si el 12 de octubre de 1492, día en que Colón divisa desde la cubierta de la Santa María el resplandor de la costa de

Guanahaní, se considera el día del nacimiento del Nuevo Continente, el 25 de abril de 1507, día en que *Cosmographiae Introductio* sale de la imprenta, ha de ser designado como día de su bautismo. Bien es cierto que sólo se trata de una propuesta que hace un desconocido humanista de veintisiete años en esta pequeña ciudad remota, pero él está tan encantado con la idea que la repite con más insistencia. En el capítulo noveno, Waldseemüller dedica todo un párrafo entero a esta sugerencia. Hoy en día, estas partes del mundo (Europa, África y Asia) están exploradas por completo y una cuarta parte del mundo fue descubierto por Américo Vespucio. Puesto que Europa y Asia recibieron nombres de mujeres, no veo inconveniente alguno en llamar a esta nueva región Américo, tierra de Américo o América en honor al hombre sabio que la descubrió. O con sus propias palabras latinas: *Nunc vero et hae partes sunt latius lustratae et alia quarta pars per Americum Vesputium (ut in sequentibus audietur) inventa, quam non video cur quis iure vetet ab Americo inventore sagaces ingenii viro Amerigem quasi Americi terram sive Americam dicedam; cum et Europa et Asia a mulieribus sua sortita sunt nomina*. Al mismo tiempo, Waldseemüller hace imprimir la palabra «América» en el margen del párrafo y la hace figurar, además, en el mapa que va adjunto a la obra. A partir de este momento, Américo Vespucio, hombre mortal, tiene sin sospechar nada la cabeza rodeada de la aureola de la inmortalidad. A partir de este momento, América se llama por vez primera América y así se llamará para siempre jamás.

«Pero ¡esto es absurdo!» se indignaría, tal vez, un lector exaltado. «¿Cómo es posible que este geógrafo provinciano de veintisiete años se atreva a atribuir la gloria de que todo un continente lleve su nombre a un hombre que jamás descubrió América y que, en suma, redactó sólo treinta y dos páginas de un informe bastante sospechoso?». Pero esta indignación es anacrónica; no está pensada desde la perspectiva histórica sino desde un

punto de vista actual. Hoy en día, los contemporáneos cometemos instintivamente el error, al pronunciar la palabra «América», de pensar, sin querer, en este continente poderoso que va desde Alaska hasta Patagonia. En 1507, ni el bueno de Waldseemüller ni cualquier otro mortal tenía la menor idea de la extensión del *Mundus Novus* recién descubierto y basta una ojeada a los mapas de principio del siglo dieciséis para saber lo que la cosmografía de la época entendía más o menos bajo el concepto de *Mundus Novas*. En medio de una sopa oscura que es el Mar Océano flotan unos pedazos informes de tierra, mordisqueados sólo en los bordes por la curiosidad de los descubridores. El diminuto trocito de Norteamérica donde aterrizaron Cabot y Cortereal queda todavía pegado a Asia de modo que, según la idea de entonces, sólo se tardaba unas pocas horas en llegar de Boston a Pekín. La Florida se representa como una isla grande que se ubica al lado de Cuba y Haití. Y en el lugar del istmo de Panamá que une América del Norte con América del Sur aparece un mar inmenso. Al sur de aquello queda trazada, pues, está nueva tierra desconocida (el actual Brasil) como una isla grande y redonda, semejante a Australia: en los mapas constan los nombres de Terra Sancta Crucis o Mundos Novas o Terra dos Papagayos —todos ellos nombres incómodos, poco prácticos para una nueva tierra —. Es verdad que Vespucio no la descubrió primero —cosa que, por cierto Waldseemüller ignora— pero fue el primero en describirla y en darla a conocer en Europa, así que al proponer el nombre de Américo sólo sigue una vieja costumbre. Las islas Bermudas llevan el nombre de Juan Bermudez, Tasmania el de Tasman, Fernando Po el de Fernando Po. ¿Por qué no llamarse el nuevo mundo según su primer vulgarizador? Se trata de un gesto amable de agradecimiento frente a un erudito que fue el primero —y este es el mérito histórico de Vespucio— en defender la tesis de que la tierra recién descubierta no pertenece a Asia sino que, *quartam pars mundi*, representaba una parte nueva del

mundo. Que con esta asignación hecha de buena fe, Waldseemüller va a atribuir a Vespucio no solamente la supuesta isla de Terra Sancta Crucis sino que todo un continente, desde Labrador hasta la Patagonia y, que de esta forma priva a Colón, al verdadero descubridor de este continente, de su propiedad, de todo ello, Waldseemüller no tenía la más remota idea. ¿Pero cómo sospechar algo si ni siquiera Colón lo sabe sino que jura y perjura que Cuba es la China y Haití el Japón? Esta denominación de América es un nuevo hilo de error que se enreda en el ovillo bastante enredado ya, y todo el que ha abordado con la mejor intención el «problema Vespucio» ha entrelazado un nuevo nudo y hecho todavía más difícil la solución.

De hecho, sólo es debido a un malentendido que América se llame América y, por añadidura, a un malentendido por partida doble. Porque si Jean Basin, el *insigni poetae*, hubiera querido traducir al latín el nombre Amerigo por Albericus en lugar de por Americus como los demás, hoy en día, Nueva York y Washington estarían en Alberica en lugar de en América. Pero ahora el nombre se compone por vez primera de siete letras fundidas que forman una palabra para siempre jamás pasando de libro en libro, de boca en boca, sin poder contenerla ni olvidarla. La nueva palabra existe, subsiste, no solamente por la casual propuesta de Waldseemüller, ni por la lógica o la falta de la misma, ni con razón o sin ella, sino por una fuerza fonética inherente. América, la palabra comienza y termina con la vocal más sonora de nuestra lengua, incluyendo las demás con variación. Sirve para una exclamación entusiasta, es fácil recordarla, es una palabra vigorosa, henchida, varonil, idónea para un joven país, para un pueblo fuerte con un gran empuje. Con su error histórico, el pequeño geógrafo ha creado sin querer algo inteligente al designar el mundo emergido de la oscuridad con esta palabra hermana de Asia, Europa y África.

Es una palabra conquistadora. Es una palabra potente que expulsa impetuosamente todas las demás denominaciones. A los pocos años de la publicación de la *Cosmographiae Introductio* quedan borradas de los libros y de los mapamundi los nombres de *Terra dos Papagaios, Isla de Santa Cruz, Brasil e Indias Occidentales*. Una palabra conquistadora; de año en año se extiende más, mil veces, cien mil veces más de lo que imaginara el bueno de Martin Waldseemüller. En 1507, «América» sólo designa la costa norteña del Brasil y el sur, con Argentina incluido, se llama todavía *Brasilia Inferior*. Si (en el sentido de Waldseemüller) sólo la costa descrita por Vespucio primero y aun todo el Brasil hubiera recibido el nombre de Américo, nadie le culparía de un error. Pero al cabo de pocos años, el nombre «América» se ha extendido por toda la costa brasileña apoderándose también de Argentina y Chile, es decir, de regiones que el florentino nunca alcanzó ni vio. Todo cuanto se descubre a mano derecha e izquierda, arriba y debajo de la línea ecuatorial se convierte en tierra de Vespucio. Finalmente, unos quince años después de la publicación del libro de Waldseemüller, el nombre de América se aplica ya a toda América del Sur. Todos los grandes cartógrafos —Simon Gryneus en su *Orbis Novas* y Sebastián Münster en sus mapamundi — han capitulado ante la voluntad del pequeño maestro de Saint-Díe. Pero el triunfo no está completo todavía. La grandiosa comedia de confusiones sigue aún.

En los mapas, América del Norte figura todavía como un mundo aparte, separado de América del Sur, ya atribuido a Asia debido a la incorregibilidad de la época, ya separado del continente de Américo por un istmo imaginario. Pero, finalmente, la ciencia comprende que este continente es una unidad, desde un mar glacial hasta otro mar glacial, que le corresponde un solo nombre para designar el conjunto. Y entonces, la palabra orgullosa e invencible se levanta poderosamente. Este bastardo, producto de un error y de una verdad, se apodera del botín inmor-

tal. Ya en 1515, el geógrafo Johannes Schöner de Nürenberg, da en un pequeño escrito que acompaña a su globo públicamente por hecho que *Americam sive Amerigem es novum Mundum et quartam orbis*, es la cuarta parte del mundo. Y en 1538, Mercator, el rey de los cartógrafos, traza, en nuestro sentido, todo el continente como conjunto en su mapamundi y escribe el nombre de América en ambas partes, AME a la del norte, RICA a la del sur. Y desde entonces, no hay palabra que valga más que ésta. En treinta años, Vespucio conquistó la cuarta parte del mundo para sí y para su gloria postuma.

Este bautizo sin el conocimiento ni el consentimiento del padre es un episodio sin igual en la historia de la gloria mundana. Con dos palabras, *Mundos Novas*, un hombre adquiere la gloria, con tres líneas de un pequeño geógrafo, alcanza la inmortalidad. Difícilmente la casualidad y el error hayan logrado una semejante comedia audaz. Pero en esta comedia de las confusiones, la Historia, tan grandiosa en las tragedias cuan imaginativa en sus comedias, crea todavía un remate especialmente sutil. Apenas la propuesta de Waldseemüller alcanza al público, éste la acepta con entusiasmo. Las ediciones aparecen una tras otra, en todas las obras nuevas de geografía se adopta el nombre nuevo de «América» derivado de Américo Vespucio, su *inventor*, y, sobre todo, los cartógrafos son los que lo registran en obediencia. El nombre de «América» aparece en todas partes, en todos los globos, en todos los grabados sobre acero, en todos los libros, en todas las cartas, menos en un solo mapa de 1513, es decir, seis años después de aquel primero de Waldseemüller con el nombre de América. Pero ¿quién es este cartógrafo que se opone indignado al nuevo nombre? No es otro ¡qué cosa más grotesca! que el que inventó el nombre: el mismo Waldseemüller. ¿Acaso tenía miedo, como el aprendiz de brujo en el célebre poema de Goethe que, con tan sólo una palabra convierte la escoba consumida en un enfurecido

ser rabioso y que entonces no recuerda la otra palabra para detener al espíritu evocado? ¿Acaso recibió una advertencia —tal vez por parte del propio Vespucio— que le hizo recapitular dándose cuenta que había sido injusto con Colón al atribuir la proeza de éste al que reconoció el verdadero valor de ella? No se sabe. Nunca se sabrá por qué precisamente Waldseemüller quiso quitar al nuevo continente el nombre de «América» que él mismo había inventado. Pero ya es demasiado tarde para una corrección. Pocas veces la verdad vuelve a alcanzar la leyenda. Una palabra, una vez echada al mundo, extrae fuerza de este mundo y existe libre e independientemente de aquél que la dio a luz. Es inútil que aquél hombrecillo que pronunció primero la palabra de «América», quiera callarla y suprimirla por un sentimiento de vergüenza. Ya emprendió el vuelo, salta de una letra de molde a otra, de un libro a otro, de boca en boca, sobrevuela el espacio y el tiempo, sin poder detenerla e inmortal porque es, a la vez, realidad e idea.

Comienza la gran disputa

Anno 1512. Un ataúd, acompañado de poca gente, sale de una de las iglesias de Sevilla en dirección al campo santo. No es un entierro llamativo, pomposo, no es de un hombre adinerado ni de un noble. Es el sepelio de un funcionario cualquiera del rey, del piloto mayor de la Casa de Contratación. Un tal Despuchy o Vespuche. Nadie en esta ciudad extraña sospecha que se trata del mismo hombre cuyo nombre recibirá la cuarta parte del mundo. Ni los historiógrafos ni los cronistas dijeron una sola palabra sobre aquella muerte insignificante. Aun treinta años más tarde se leerá en los libros de historia que Américo Vespucio se murió en 1534, en las Islas Azores. El padrino de América fallece de forma completamente inadvertida igual que el Adelantado y Almirante de las Indias, Cristóbal Colón que fue llevado a su última morada en Valladolid en 1506 sin que fuera acompañado ni por rey ni duque alguno y cuya defunción a los cronistas de aquél entonces tampoco les pareció digna de ser proclamada al mundo.

Dos tumbas silenciosas, una en Sevilla, otra en Valladolid. Dos hombres que se encontraron muchas veces en vida sin evitar el encuentro ni odiarse el uno al otro. Dos hombres, animados por el mismo espíritu de curiosidad creadora y que se ayudaron el uno al otro en sus caminos con rectitud y con cordialidad. Pero sobre sus tumbas se levanta la más amarga disputa. Sin sospecharlo ellos, la gloria de uno luchará contra la del otro, el error, la falta de comprensión, las ganas de investigar y el espíritu de contradicción personal, avivan una y otra vez una rivalidad entre

estos dos grandes navegantes que nunca existió durante su vida. Pero los dos percibirán tan poco de este altercado y esta bulla como del viento que sopla por encima de sus tumbas con palabra ininteligible.

En esta lucha absurda por una gloria contra la otra, sucumbe al principio Colón. Se murió vencido, humillado y medio olvidado. Como hombre de una única idea, de una única proeza, tuvo su momento inmortal a la hora en que ésta idea se hizo realidad; a la hora en que desembarcó la *Santa María* en la playa de Guanahani porque se atravesó por vez primera el Océano Atlántico hasta entonces infranqueable. Hasta aquel momento, el mundo había tenido al gran genovés por loco, por iluso, por soñador confuso y poco realista. Y a partir de aquel momento el mundo, otra vez, vuelve a tenerlo por tal. Porque no puede liberarse de la ilusión que le empuja. Cuando, por vez primera, da parte de «haber pisado los reinos más ricos del mundo», cuando promete traer oro y perlas y especias de las Indias, adonde dice haber llegado, el mundo le da todavía crédito. Una flota poderosa es equipada, mil quinientos hombres se disputan el honor de poder embarcar para viajar a Ofir y a El Dorado, países que dice haber visto con sus propios ojos. La Reina le entrega cartas envueltas en seda para el «Gran Khan» de Quinsay. Pero entonces regresa de este largo viaje y ¿qué es lo que trae? Unos centenares de esclavos medio muertos de hambre a los que la piadosa reina se niega a vender. Unos centenares de esclavos y la ilusión de haber estado en la China, en el Japón. Y esta ilusión se vuelve cada vez más confusa, más fantástica a medida que resulta menos cierta. En Cuba reúne a su gente y, bajo la amenaza de cien azotes, les hace jurar ante un *escribano*, un notario, que Cuba no es una isla sino la tierra firme china. Los marineros indefensos se encojen de hombros y firman sin tomarle en serio y uno de ellos, Juan de la Cosa, no haciendo caso al juramento, dibuja a Cuba en forma de isla en su mapa. Pero Colón no cesa en mandarle

cartas a la reina diciendo que «sólo un canal le separa todavía del Quersoneso de Oro de Tolomeo» (la península de Malaca) y que «Panamá no está más lejos del Ganges que Pisa de Genua». Al principio, la Corte acoge con sonrisa todas estas promesas fantásticas pero poco a poco el asunto provoca el enojo. Las expediciones valen muchísimo dinero y ¿a cambio de qué? Unos esclavos famélicos y extenuados en lugar del oro prometido, la sífilis en lugar de las especias. Las islas que la Corona ha confiado a su administración, se convierten en terribles mataderos y campos salvajes repletos de cadáveres. Sólo en Haití muere un millón de indígenas en una década; los inmigrantes empobrecen y se rebelan; todas las cartas y los colonizadores decepcionados que regresan de este «paraíso terrenal» traen noticias terribles sobre crueldades inhumanas. Pronto en España se dan cuenta de que aquel iluso sólo sabe soñar pero no gobernar. Lo primero que avista el nuevo gobernador Bobadilla desde el navío son unas horcas donde, movidos por el viento, cuelgan cadáveres de sus compatriotas. Es necesario repatriar a los tres hermanos atados con cadenas e incluso cuando, arrepentido, se le devuelve la libertad, el honor y el título a Colón, su nimbo, sin embargo, ha desaparecido por completo en España. Al atracar, su navío ya no es acogido con expectación. Cuando quiere ser recibido en la Corte, hay respuestas evasivas y el hombre viejo tiene que presentar una solicitud suplicando poder hacer el viaje en mula. No para de hacer promesas y de hablar de cosas cada vez más fantásticas. Promete a la reina que encontrará el paraíso en su próximo viaje y al Papa que «liberará a Jerusalén» en una cruzada por un nuevo camino, más corto. En su *Libro de Profecías* anuncia a la humanidad pecadora que dentro de ciento cincuenta años llegará el fin del mundo. Finalmente, ya nadie hace caso al *fallador* (charlatán) y a sus *imaginacôes com su Ilha Cipangu* (ilusiones acerca de la isla de Cipango). Los comerciantes que perdieron dinero con él, los eruditos que desprecian sus errores geográficos, los coloniza-

dores que decepcionó con sus grandes promesas, los funcionarios envidiosos de su elevado rango empiezan a hacer frente común contra el «Almirante de la tierra de los mosquitos». Al viejo hombre se le arrincona cada vez más y, arrepentido reconoce: «Dije haber pisado los reinos más ricos. Hablé de oro, perlas, piedras preciosas, especias y cuando nada de eso llegó de inmediato, caí en deshonra». Alrededor de 1500, Cristóbal Colón es un hombre acabado en España y en 1506, año de su muerte, ya casi nadie le conoce.

Tampoco en las décadas siguientes apenas se le recuerda: son tiempos que pasan de forma acelerada. Cada año hay una proeza nueva, un descubrimiento, nombres nuevos, nuevos triunfos y en tales tiempos, las empresas de ayer se pasan por alto más rápidamente. Vasco da Gama y Cabral regresan de las Indias y no sólo traen unos cuantos esclavos desnudos y vagas promesas sino todas las preciosidades del este. El rey Manuel, el Afortunado, será el monarca más rico de Europa gracias a este botín de Calicut y Malaca. Brasil ha sido descubierto, desde las alturas de Panamá, Nuñez de Balboa divisa, por vez primera, el Océano Pacífico. Cortés conquista México, Pizarro Perú: por fin afluye oro verdadero a la cámara del tesoro. Magelhaes da la vuelta por América y al cabo de tres años, su buque almirante *Victoria* —¡la proeza marina más grandiosa de todos los tiempos!— regresa a Sevilla habiendo dado la vuelta al mundo. En 1545 empiezan a explotarse las minas de plata de Potosí. Año tras año, las flotas regresan a Europa con abundante cargamento. Sólo en medio siglo, se atravesaron todos los mares, se dio la vuelta a todos o casi todos los países del planeta: ¿qué significa entonces el individuo con su proeza en esta epopeya homérica? Todavía no se publicaron los libros que hablan de su vida y de su solitaria previsión; pronto, el viaje de Colón se considera sólo como uno entre tantos viajes gloriosos de los nuevos argonautas y, debido a que él aportó el beneficio menos palpable, le juzga mal y le olvida la

época que, como todas las épocas sólo se rige por sus propios cánones y no por aquellos de la historia.

Entretanto, crece con poderío la gloria de Américo Vespucio. Cuando, ofuscado por la ilusión de haber descubierto las Indias en el oeste, todo el mundo estaba aún en el error, él descubrió la verdad: que se trata de un *Mundos Novas*, un nuevo mundo, otro continente. Siempre dijo la verdad: no prometió oro ni piedras preciosas sino que informó con modestia que según los indígenas hay oro en aquellas tierras pero que él, igual que Santo Tomás, no presta fe fácilmente: el tiempo lo diría. Y que no salió por amor al oro y al dinero como los demás sino por el placer ideal del descubrimiento. No había torturado a seres humanos ni destruido reinos como todos los otros conquistadores agresores: él, como humanista, como erudito, ha observado aquellos pueblos desconocidos, ha descrito sus usos y costumbres sin ensalzarlos ni censurarlos. Como sabio discípulo de Tolomeo y de los demás grandes filósofos ha observado el transcurso de las nuevas estrellas, explorado los mares y países por amor a sus maravillas y misterios. No se ha dejado guiar por el puro azar sino por la estricta ciencia matemático astronómica —¡sí, es uno de los suyos! —, ponderan los eruditos, *homo humanus*, un humanista. Sabe escribir incluso en latín que para ellos es la única lengua válida para los asuntos del intelecto. Ha salvado el honor de la ciencia porque sólo está al servicio de ella y no de la ganancia y del dinero. Cada uno de los historiadores contemporáneos —Peter Martyr y Ramusio y Oviedo— hace primero una reverencia antes de pronunciar el nombre de Vespucio. Y dado que no son más de una docena de eruditos los que ilustran su época, a Vespucio lo tienen por el navegante más grande de su tiempo.

Este extraordinario prestigio dentro del mundo erudito lo debe, pues, a la casual circunstancia que sus dos obras pequeñitas —¡ay! tan delgadas y prestas a poner en duda— hayan aparecido en lengua latina, en la lengua de los eruditos. Sobre todo la edi-

ción de la *Cosmographiae Introductio* es la que le otorga la imponente autoridad sobre todos los demás. Sólo por haberla descrito primero, los eruditos para los que la palabra es superior a los hechos, celebran a Vespucio como descubridor del Nuevo Mundo sin reparo alguno. El geógrafo Schoner es el primero en trazar la línea divisoria: Colón no descubrió más que unas islas, pero Vespucio el nuevo mundo. Una década más tarde, por repetición hablada o impresa ya se convierte en axioma: Vespucio es el descubridor del nuevo continente y con mucha razón América se llama América.

A lo largo de todo el siglo dieciséis reluce clara y puramente aquella gloria errónea de Vespucio como descubridor del nuevo mundo. Tan sólo una vez se formula tímidamente una ligera protesta. La formula Miguel Servet, un hombre singular, que más adelante adquirió la trágica fama de haber sido la primera víctima de una inquisición protestante de Calvino en Ginebra que fue arrojado a la hoguera. Servet es un extraño carácter de la historia del pensamiento, medio genio, medio loco. Un espíritu descontento semejante al fuego fatuo que todo lo critica y que cree tener que opinar de forma más rotunda sobre cualquier ramo de la ciencia. Pero este hombre, en el fondo poco productivo posee un instinto muy peculiar al tocar en todas partes los problemas decisivos. En la medicina, casi ya formula la teoría de Harvey de la circulación de la sangre; en la teología toca el punto más débil de Calvino. Un curioso don de presentimiento le ayuda a dar con los problemas aunque no los soluciona. También en el campo de la geografía toca el problema decisivo: proscrito por la Iglesia huye a Lyon, trabaja allí de médico bajo un nombre falso y, en 1535 publica, a su vez, una nueva edición de Tolomeo con acotaciones propias. A esta edición le acompañan los mapas de la edición de Tolomeo de Laurent Frisius de 1522, que, según la propuesta de Waldseemüller designan la parte sur del nuevo continente con el nombre de «América». Pero mientras que To-

mas Ancuparius, el editor de Tolomeo de 1522, entona, en su prólogo, un himno para Vespucio sin mencionar siquiera a Colón, Servet es el primero que se atreve a poner un cierto reparo a la exagerada veneración de Vespucio y a la denominación propuesta del nuevo continente. Dice que Vespucio, en definitiva, partió de mercader *—ut merces suas comutaret y multo post Columbum*—, mucho después de Colón. Aún se trata de un comentario con mucha reserva, en cierto modo un carraspeo de protesta. Servet no piensa en quitarle la fama a Vespucio como descubridor pero no quiere tampoco que Colón quede por completo en el olvido. No queda, pues, formulada todavía la antítesis Colón o Vespucio; todavía no se ha suscitado la disputa sobre la prioridad. Lo único que insinúa Servet es que se debería decir: Vespucio y Colón. Sin tener pruebas contundentes entre manos, sin unos conocimientos más exactos de la situación histórica, sólo guiado por este instinto suspicaz de sospechar los errores y de enfocar los problemas desde otra perspectiva, Servet es el primero en insinuar que hay gato encerrado en la gloria de Vespucio que sobrevino al mundo con la vehemencia de un alud.

Una protesta, claro está, sólo puede elevarla aquél que no depende, como Servet en Lyon, de los libros ni de las noticias inciertas sino que tiene acceso al conocimiento fiable de los acontecimientos históricos reales.

Y será una voz de mucho peso que se rebela contra la gloria exagerada de Vespucio, una voz que obligó al emperador y a los reyes a doblegarse y cuya palabra procuró consuelo a miles y miles de hombres humillados y torturados: la voz del gran obispo Las Casas quien, con una fuerza tan estremecedora, reveló las atrocidades de los conquistadores cometidas contra los indígenas que hoy en día aún los relatos ponen el corazón en un puño. Las Casas, que llegó a la edad de noventa años, fue testigo presencial de toda una época de descubrimientos y, gracias a su amor a la verdad, a su imparcialidad sacerdotal, un testigo abonado. Su

gran relato de América, *Historia general de las Indias*, que, en 1559 empezó a escribir a la edad de ochenta y cinco años en el monasterio de Valladolid, puede considerarse hoy todavía como la base más sólida de la historiografía de aquella época. Nacido en 1474, llegó en 1502 a Hispaniola (Haití), por tanto en tiempos de Colón todavía. A excepción de unos cuantos viajes a España, pasó prácticamente toda su vida, hasta llegar a la edad de setenta y tres años, en el nuevo continente como sacerdote y más tarde como obispo. Nadie, por tanto, era más facultado ni competente para emitir un juicio objetivo y válido sobre los acontecimientos de la época de los descubrimientos.

En uno de sus viajes de las «Nuevas Indias» a España debió dar con uno de aquellos mapas o libros extranjeros en que las nuevas tierras estaban designadas con el nombre de «América». Y, probablemente tan sorprendido como nosotros, se preguntaría: ¿por qué América? La respuesta de porque lo había descubierto Américo Vespucio, habría, como es natural, despertado su desconfianza y provocado su rabia puesto que quien si no *él* estaba al corriente de las cosas. Su padre había acompañado personalmente a Colón en el segundo viaje y por tanto, él mismo podía dar fe de que Colón, según sus propias palabras, «fue el primero que abrió las puertas de aquel Océano cerrado hacía tantos siglos». ¿Cómo era posible, pues, que Vespucio se vanagloriara o fuese vanagloriado de ser el descubridor de este nuevo mundo? Al parecer, se topó con este argumento típico de por entonces de que Colón sólo había descubierto las islas de América, las Antillas. Vespucio, sin embargo, descubrió la verdadera tierra firme y, por tanto, se le atribuía con razón el descubrimiento del continente.

Las Casas, un hombre normalmente muy afable, monta ahora en cólera. Si Vespucio afirma tal cosa, es un mentiroso. Nadie más que el Almirante había pisado en 1498 la tierra firme en Parias, en su segundo viaje. Esto, además, quedó confirmado por el juramento solemne de Alonso de Hojeda en el proceso del fisco

contra los herederos de Colón en el año 1516. Además, nadie de más de un centenar de testigos en aquel proceso se atrevió a negar aquel hecho. Con buen derecho, este país debería llamarse «Columba». ¿Cómo puede Vespucio «usurpar el honor y la gloria que corresponden al Adelantado y, atribuirse a sí solo el mérito»? ¿Dónde y cuándo y con qué expedición estuvo antes que el Almirante en la tierra firme de América?

Ahora, Las Casas se pone a estudiar el relato de Vespucio tal como queda impreso en la *Cosmographiae Introductio* para impugnar esta supuesta pretensión sobre la prioridad de Vespucio. Y ahora, esta comedia de confusiones vuelve a tener un nuevo giro absurdo que da un nuevo empujón en dirección equivocada a este ovillo ya sobradamente enredado. En la edición original italiana donde queda relatado el primer viaje de Vespucio en 1497, se dice que tocó puerto en un lugar llamado «Lariab». A raíz de un error de imprenta o de una corrección caprichosa, la edición latina de Saint-Dié convierte «Lariab» en un lugar llamado «Parias». Esto induce a creer que fue el propio Vespucio quien afirmó haber estado en Parias en 1497, es decir, un año antes que Colón aterrizara en la tierra firme. Por tanto, para Las Casas no hay duda alguna de que Vespucio es un falsario que, aprovecha la buena ocasión después de la muerte del Almirante para presumir de descubridor del nuevo continente en «los libros extranjeros» (puesto que en España le hubieran mirado demasiado las manos). Y ahora Las Casas demuestra que, Vespucio, en realidad, se fue a América en 1499 y no en 1497 y que, con buen motivo, no mencionó el nombre de Hojeda. «Lo que ha escrito Américo» —se encoleriza el honrado hombre— «para hacerse famoso al usurpar tácitamente el descubrimiento de la tierra firme» lo hizo de mala fe y, por tanto, Vespucio es un impostor.

De hecho, sólo se trata de una errata en la edición latina —que dice «Parias» en lugar de «Lariab» de la edición original— lo

que provoca la rabia de Las Casas por un engaño supuestamente intencionado. Pero, sin querer, Las Casas ha tocado un punto delicado: en todas las cartas y todos los relatos de Vespucio hay una extraña oscuridad acerca de las intenciones y los objetivos realmente alcanzados en sus viajes. Vespucio nunca dice con claridad los nombres de los comandantes de la flota. Las fechas varían según las diferentes ediciones. Las mediciones de longitud no son correctas. A partir del momento en que se empezó a averiguar las bases de sus viajes, tiene que surgir la sospecha de que aquí, por las razones que sean —de las que más adelante nos ocuparemos— se haya encubierto expresamente el estado de las cosas claro y sencillo. En este punto, nos acercamos, por vez primera, al misterio de Vespucio, propiamente dicho, que, durante cientos de años ocupó a los eruditos de todas las naciones: en sus relatos ¿cuánto hay de verdad y cuánta invención (o, dicho con más dureza: impostura)?

Esta incertidumbre afecta, sobre todo, al primero de los cuatro viajes, aquel del 10 de mayo de 1497, el que Las Casas ya puso en duda y que, a lo sumo, le hubiera podido asegurar una cierta prioridad como descubridor del continente. No se menciona este viaje en escrito histórico alguno; ciertos elementos han sido tomados, sin duda, del segundo viaje con Hojeda. Incluso los defensores más fanáticos de Vespucio no encontraron ninguna comprobación para esta expedición marítima en aquel año, y han de contentarse con las hipótesis para darle un ligero tinte de verosimilitud. Enumerar aquí con todo detalle las pruebas y pruebas en contra, alegadas en estas infinitas discusiones, harto contradictorias, de los ilustres geógrafos, llenaría de sobra un libro entero. Basta con que tres cuartas partes de ellos rechace este primer viaje como imaginario mientras que el resto de los defensores ex officio de Vespucio hacen que, en esta ocasión, sea él el primero en descubrir, una vez La Florida, otra el Amazonas. Pero puesto que la inmensa gloria de Vespucio se basa en este

primer viaje, harto dudoso, toda esta torre de Babel levantada sobre el error, la casualidad y la repetición maquinal irá perdiendo terreno tan pronto como el hacha de la filología tocara sus cimientos.

Este golpe decisivo lo asesta Herrera en 1601 con su *Historia de las Indias Occidentales*. El historiógrafo español no necesita mucho tiempo para reunir argumentos puesto que tiene acceso al libro de De Las Casas inédito todavía por entonces y, en el fondo, sigue siendo Las Casas que levanta la voz contra Vespucio. Herrera explica y comprueba, con las razones de Las Casas, que la datación de las *Quatuor Navigationes* no es cierta, que Vespucio salió con Hojeda en 1499 y no en 1497 y, —sin que el acusado pueda tomar la palabra— llega a la conclusión de que Américo Vespucio había falsificado astuta y premeditadamente sus relatos con la intención de robar a Colón el honor de ser el descubridor de América.

La repercusión de esta revelación es enorme. ¿Cómo? Se sobresaltan los eruditos ¿Acaso Vespucio no es el descubridor de América? Aquel hombre sabio cuya manera comedida en su modestia consideramos como ejemplar ¿un mentiroso, un impostor un Mendez Pinté, uno de esos infames embusteros que engañan con los relatos de sus viajes? Aunque sólo hubiera mentido sobre un viaje ¿por qué creerse los demás? ¡Qué vergüenza! El nuevo Tolomeo no es otra cosa que un Eróstrato infame que entra a hurtadillas, maliciosamente al templo de la gloria para obtener la inmortalidad al precio de un vil engaño. ¡Qué vergüenza para todo el mundo erudito! ¡Qué vergüenza, que, seducido por su arrogancia, se haya bautizado al nuevo continente con su nombre! ¿No sería hora de corregir este error vergonzoso? En 1627, fray Pedro de Simón propone con toda seriedad «suprimir el uso de todas las obras geográficas y de todos los mapas en que figure el nombre de América».

El péndulo se ha movido en sentido opuesto. Vespucio es un hombre acabado y, en el siglo XVII, reaparece glorioso el nombre, medio olvidado, de Colón. Su figura resurge tan grande como el Nuevo Continente. De todas las proezas sólo queda la suya porque los palacios de Moctezuma han sido saqueados y reducidos a ruinas, las arcas del Perú han sido vaciadas, todos los hechos y todas las vilezas de los conquistadores individuales han sido olvidados: la única realidad es América, una joya del mundo, una patria para todos los perseguidos, una Tierra, la Tierra del futuro. ¡Cuán injusto se fue con aquel hombre! ¡Cuán injusto se fue en su época y en los siglos posteriores! Colón se convierte en figura heroica. Quitan de su imagen toda la infravaloración, todos los rasgos sombríos. No se habla de su mala administración, de sus fantasías religiosas sino que se idealiza su vida. Todas las dificultades cobran acentos dramáticos: cómo, imponiendo su fuerza de voluntad, hace seguir adelante a los amotinados, cómo regresa encadenado acompañado por un miserable canalla, cómo encuentra refugio para él y su hijo medio famélico en el monasterio de Rábida. Lo que antes dejaron de hacer para ensalzar su proeza, ahora, debido a la eterna necesidad de heroizar, casi se hace en demasía.

Pero según la antigua ley de lo dramático y también melodramático, todas las figuras heroizadas necesitan de un rival como la luz necesita a la sombra, como Dios al Diablo, como Aquiles a Tersites y como el gran soñador Don Quijote a Sancho Panza, realista de cabo a rabo. Para realzar al genio, hay que denigrar a su contrario. La resistencia humana, las bajas fuerzas de la irreflexión, la envidia, la traición. Por tanto, los enemigos de Colón —Bobadilla, un insignificante funcionario honesto y justo, y el cardenal Fonseca, un buen calculador sagaz— son tildados de miserables y malvados. Pero el verdadero rival resulta ser ahora Américo Vespucio ¡Qué suerte! Y junto a la leyenda de Colón

nace la de Américo Vespucio. He aquí que en Sevilla hay un pequeño comerciante, un sapo venenoso hinchado por tanta envidia, al que le gustaría ser tomado por erudito, por un explorador, pero es demasiado cobarde para atreverse a subir a un navío. Desde su ventana segura, observa a regañadientes cómo el gentío aclama al gran Colón en su regreso. ¡Despojarle de la gloria! ¡Hacerse uno con la gloria! Mientras el noble Almirante retorna encadenado, aquel, con astucia, escribe unos relatos de viaje reuniendo pasajes tomados de otros libros. Y apenas se ha enterrado a Colón, ya no puede defenderse, aquella hiena de la gloria, con un afán enfermizo, enviará las cartas y los relatos a todos los potentados del mundo diciendo que es el primero, el verdadero descubridor del nuevo mundo y, manda imprimirlos en lengua latina y, por motivos de precaución, en el extranjero. Ruega y suplica a los desprevenidos eruditos de cualquier lugar del otro extremo del mundo que den su nombre al nuevo continente, llamándolo América. A hurtadillas se acerca al enemigo jurado de Colón, a su hermano en la envidia, al obispo Fonseca y le persuade para que le nombre a él, que no entiende nada de navegación, allí, en su despacho, *piloto mayor*, presidente de la Casa de Contratación, con el único propósito de tener a su cargo la inspección de los mapas. Así, pues, tiene finalmente —y de ello se le imputa efectivamente a Vespucio— la posibilidad para la gran impostura. En su calidad de *piloto mayor* que manda trazar los mapas puede ordenar, sin control alguno, que se incluya en todas partes, en los mapas y los globos terráqueos América, América, América, ese nombre impío, para designar al nuevo continente. De esta manera, aquel genio vil del engaño roba y engaña una vez más a aquel muerto que durante su vida fue atado con cadenas; el nombre del ladrón, no el suyo, sirve ahora de adorno para el nuevo continente.

Es esta la imagen que se tenía en el siglo XVII de Vespucio: un difamador, un falsificador y mentiroso. El águila que, con audaz

mirada abraza el mundo, se convierte, de repente, en un topo repugnante, en un profanador de cadáveres y ladrón. Es una imagen injusta pero se incrusta profundamente en los siglos. Durante décadas y siglos, el nombre de Vespucio queda sepultado por la inmundicia. Bayle y Voltaire, cada uno por su cuenta, escupirán sobre su tumba y en todos los libros de texto se cuenta a los niños la historia de su infame captación de la gloria. E, incluso un hombre tan sabio y reflexivo como Ralph Waldo Emerson escribirá tres siglos más tarde aún (1856), cautivado por aquella leyenda, lo siguiente: *Strange that broad America must wear the name of a thief. Amerigo Vespucci the pickledealer at Seville, whose highest naval rank was boatswain's mate in an expedition that never sailed, managed in this lying World to supplant Columbus and baptize half the earth with his own dishonest name*.[6]

Los documentos se entremezclan

En el siglo XVII, Américo Vespucio es un hombre acabado. La disputa por su nombre y por su proeza o fechoría parece definitivamente resuelta. Le han expulsado del trono, probado su engaño y —si América no tuviera su nombre— destinado al infamante olvido. Pero comienza otro siglo que no está dispuesto a dar fe a meras habladurías de los contemporáneos y a los rumores transmitidos. Poco a poco, la historiografía se transforma de una simple tarea de cronista en una ciencia con afán crítico que tiene el propósito de comprobar todos los hechos, de revisar todos los testimonios. Se rescatan, investigan y comparan los documentos de todos los archivos, así que es inevitable que se retome también el antiguo litigio Colón versus Vespucio, aparentemente resuelto desde hace tiempo.

El primer paso lo dan sus compatriotas. No quieren aceptar que el nombre de aquel florentino cuya gloria hizo conocer al mundo la de su ciudad natal durante tanto tiempo, quede clavado en la picota. Son los primeros que exigen una revisión exhaustiva e imparcial. El abad Angelo Maria Bandini publica en 1745 la primera biografía del navegante florentino, *Vita e lettere di Amerigo Vespucci*. Consigue sacar a luz una serie de documentos; Francesco Bartolozzi le sigue en 1789 con nuevos *Ricerche istorico-critiche* y, al parecer, los resultados son para los florentinos tan alentadores para la rehabilitación de su compatriota que, en una academia, el Padre Stanislas Canovai hace un solemne discurso laudatorio —*Elogio d'Amerigo Vespuccio*— a favor del difamado *celebro navigator*. Simultáneamente se empieza a hurgar en

los archivos españoles y portugueses, se levanta mucho polvo de actas y cuanto más polvo se levanta con menos claridad se ve.

Los archivos portugueses son los menos fecundos. No hay una sola palabra sobre una de las dos expediciones en que Vespucio había participado. Tampoco se menciona su nombre en los libros de gastos. Ni rastro de aquel *zibaldone*, su diario de viaje que, según dice, entregó al rey Manuel de Portugal. Nada. Ni una sola línea. Ni una sola palabra. Y uno de los adversarios más feroces de Vespucio, no tarda en declarar enseguida como prueba fehaciente que Américo, por lo tanto, mintió sobre sendos viajes *auspiciis et stipendio Portugallensium*, «bajo los auspicios y con la ayuda económica de Portugal». Pero se trata, lógicamente, de una prueba que carece de fundamento si al cabo de trescientos años no se encuentran actas sobre un hombre aislado que no organizó ni condujo expedición alguna. El portugués más grande, la gloria de su nación, Luiz de Camões, estuvo durante dieciséis años al servicio de Portugal, fue herido durante el servicio al rey y ni una sola línea oficial da testimonio de ello. Fue detenido y encarcelado en la India pero ¿dónde están los documentos? o incluso ¿dónde constan los hechos del proceso? Sobre sus expediciones tampoco se encuentra nada escrito y el diario de Pigafettas que hizo durante una expedición, más memorable aún, a Magalhães, también desapareció. Si en Lisboa, por tanto, el resultado documental sobre la época más importante de la vida de Vespucio es igual a cero, sólo nos queda recordar que es exactamente tan grande como lo que sabemos por los archivos de las aventuras africanas de Cervantes, de los años de viaje de Dante o la época teatral de Shakespeare. Y, sin embargo, Cervantes luchó, Dante fue de un país a otro y Shakespeare salió al escenario centenares de veces. Incluso los documentos no son, por lo tanto, una prueba válida y, menos aún, la ausencia de ellos.

Más importantes son los documentos florentinos. Bandini y Bertolozzi encuentran en el archivo nacional tres cartas de Vespucio para Lorenzo de Medici. No son originales sino copias posteriores de una colección reunidas por un tal Vaglienti que copió o mandó copiar por orden cronológico todas las noticias, cartas y publicaciones acerca de los nuevos viajes de descubrimientos. Una de estas cartas se escribió directamente al regreso del Cabo Verde de la tercera expedición y primera por encargo del rey de Portugal. La segunda carta contiene un informe exhaustivo sobre el así llamado tercer viaje y, por consiguiente, todo lo sustancial que se publicó a posteriori en *Mundos Novas*, con excepción de una cierta presentación literaria (muy sospechosa) de aquella publicación. Todo esto parece ser una justificación espectacular del amor por la verdad de Vespucio: por lo menos su llamado tercer viaje, aquel que primero le hizo famoso a través del *Mundus Novas*, queda ahora indiscutiblemente confirmado y ya se podía ensalzar a Vespucio como víctima inocente de una difamación sin fundamento. Pero entonces aparece todavía una tercera carta dirigida a Lorenzo de Medici en la que —¡pero qué hombre más torpe!— relata el primer viaje de 1497 como si fuera el de 1499, admitiendo justamente lo que le reprochan sus adversarios, es decir, que, en la edición impresa adelantó en dos años la fecha de su viaje. Este informe de su puño y letra demuestra de forma irrefutable que él o cualquier otra persona convirtió este viaje en dos y que aquella pretensión de haber sido el primero en pisar tierra firme americana era un engaño descarado, además de poco hábil. La furiosa sospecha de Las Casas se convierte ahora en un hecho concluyente. A aquellos que quieren salvar a Vespucio como amante de la verdad —sus defensores más rigorosos y sus compatriotas en la *Raccolta Colombiana*—, ya no les queda otra salida que la última y la más desesperada: declarar esta carta como una falsificación posterior.

Los documentos florentinos nos ofrecen de nuevo la doble imagen familiar de Vespucio, hombre eternamente entre dos luces. Topamos, por un lado, con un hombre que, en sus cartas de carácter privado dirigidas a su empresario Lorenzo di Medici, relata honesta y modestamente los hechos verdaderos. Y con un segundo Vespucio de los libros impresos, con aquel hombre de gran prestigio y de grandes contrariedades que, a modo de mentira, se vanagloria de descubrimientos y viajes que nunca hizo y que, con esta ostentación consigue que fuese bautizado todo un continente con su nombre. Cuanto más avanza el ovillo de los errores en el tiempo, tanto más se enreda.

Cosa extraña: exactamente la misma divergencia de los hechos evidencian los documentos españoles. Por ellos sabemos que Vespucio, en 1492, no vino a Sevilla siendo un gran erudito ni navegante con muchos viajes en su haber sino que era un empleado insignificante, un *factor* del almacén de Juanoto Beraldi que era una especie de sucursal del Banco Medici en Florencia y que solía ocuparse del equipamiento de los barcos y de la financiación de las expediciones. Esto, por lo pronto, no concuerda con el prestigio de un Vespucio que, al parecer, ya había salido en 1497 desde España capitaneando audaces expediciones. Y queda todavía lo peor: de este, supuestamente primer viaje con el que se hubiera adelantado a Colón en el descubrimiento de la tierra firme, no hay ni el menor rastro en todos los documentos y, por lo tanto, se puede asegurar casi con toda seguridad que en el año 1497, en lugar de explorar las costas americanas tal como lo afirma en su *Quatuor Navigationes*, estaba en realidad trabajando como comerciante diligente en su despacho de Sevilla.

Todas las acusaciones contra Vespucio parecen nuevamente justificadas a base de documentos. Pero, cosa extraña: en los mismos documentos españoles hay, a su vez, unas pruebas que, de forma convincente, hablan a favor de la rectitud de Vespucio como las otras de su descarada jactancia. Allí se encuentra un docu-

mento de naturalización que, el 24 de abril de 1505, convierte a Vespucio en ciudadano español a raíz de «los buenos servicios que prestó a la corona y los que le seguirá prestando en un futuro». Allí se encuentra el nombramiento como *piloto mayor* de la casa de Contratación, el 22 de marzo de 1508, como director de todo el servicio náutico español asignándole la tarea de «instruir a los timoneros en el uso de los instrumentos de medida, del astrolabio y de los cuadrantes y de comprobar si son capaces de compaginar, de modo competente, la teoría con la práctica». Allí está el encargo por parte de la casa real de hacer un *padrón real*, un mapamundi, donde consten, de manera definitiva, todas las costas nuevamente descubiertas y que debe ser completado y mejorado de continuo. ¿Es posible pensar ahora que la Corona española que dispone de los navegantes más extraordinarios de la época, llamaría a alguien para un puesto de tanta responsabilidad que carece por completo de fiabilidad moral a causa de su fanfarronería y de los libros sobre unas expediciones inventadas? Si Vespucio no hubiera adquirido con anterioridad el prestigio de experto en asuntos de navegación, ¿es probable que el rey vecino de Portugal hiciese venir a su país precisamente a este hombre para acompañar a dos flotas a América del Sur? ¿Y no será un testimonio de su honradez si Juanoto Beraldi en cuya casa trabajó durante muchos años y el que, por lo tanto, debería poder juzgar como nadie la fiabilidad humana de éste, si aquél, en su lecho de muerte, le constituye ejecutor de su testamento y liquidador de su empresa? De nuevo topamos con la misma contrariedad: dondequiera que haya un documento sobre la vida de Vespucio le elogian por ser un hombre sincero, digno de confianza y muy instruido. Y dondequiera que tomemos por la mano un impreso suyo encontramos jactancia, mentiras e inverosimilitudes.

¿Pero no se puede ser un navegante excelente y, a su vez, farolero y exagerado? ¿No es posible ser un buen cartógrafo y tener, a su vez, un carácter envidioso? ¿Acaso los cuentos no son

desde hace siglos un vicio de los marineros y el sentimiento de envidia por los méritos vecinos una verdadera enfermedad típica de los eruditos? Por consiguiente, todos los documentos no serían de ayuda contra la terminante acusación de haber escamoteado vilmente al gran almirante el descubrimiento de América.

Pero, entonces, se levanta una voz desde la tumba para hablar a favor de la rectitud de Vespucio. Y en el proceso Colón versus Vespucio, le defiende, precisamente, aquél colocándose como testimonio de su parte del que menos se hubiera esperado que fuera su paritario: el propio Cristóbal Colón. Poco antes de su muerte, el 5 de febrero de 1505 —es decir, en una época que *Mundus Novus* se conocía en España hacía mucho tiempo— el almirante, después de haberse considerado feliz ya en un escrito anterior por tener como amigo a Vespucio, dirigía la siguiente carta a su hijo Diego:

5 de febrero de 1505

Mi querido hijo,

Diego Méndez se marchó de aquí el lunes, día tres de este mes. Después de su viaje hablé con Amerigo Vespucci el cual irá a la Corte a dónde ha sido llamado, para que puedan pedirle consejo respecto a unos objetos propios de la navegación. Ha manifestado siempre el deseo, de ser agradable conmigo (él siempre tuvo deseo de me hacer placer)*, es un hombre honesto* (mucho hombre de bien). *La suerte no ha estado a su lado como tampoco al de mucha otra gente. Sus esfuerzos no le han traído el beneficio que, con razón, podía haber esperado. Va allá* (a la Corte) *con el vivo deseo de lograr, en cuanto esté en sus manos* (si a sus manos está)*, algo que redunde en mi provecho* (que redunde a mi bien). *Desde aquí no sé indicar con más precisión en qué nos podría ser de provecho por no saber qué es lo que quieren de él. Pero está decidido a hacer a mi favor todo lo que le sea posible.*

Esta carta constituye una de las escenas más sorprendentes en nuestra comedia de las confusiones. A estos dos hombres que la insensatez de nada menos que tres siglos había presentado siempre como dos rivales encarnizados, que, con los dientes apretados, luchaban por la gloria de saber designado el nuevo continente con su nombre, ¡eran, en realidad, cordiales amigos! ¡Colón cuyo carácter desconfiado le puso en conflicto con casi todos sus contemporáneos, elogia a Vespucio como hombre que le había ayudado durante muchos años y le concede el papel de intercesor en la Corte! Por lo tanto, los dos —tal es sin duda alguna el estado de las cosas— no tenían la menor idea de que diez generaciones de eruditos y cartógrafos enfrentaran sus sombras, una contra la otra, en una lucha por la sombra de un nombre; de que iban a ser contrincantes en una comedia de confusiones, uno en el papel del genio sincero a quien roba el otro, él del papel del canalla. Ninguno de los dos, claro está, conocía la palabra «América» por la que se había armado la disputa. Colón no sospechaba que sus islas, ni Vespucio que la costa de Brasil, escondían detrás de sí este gigantesco continente. Hombres del mismo oficio, poco favorecidos por la suerte, sin ser conscientes los dos de su inmensa gloria, se entendían mejor que la mayoría de sus biógrafos que, con poca psicología, les atribuían una consciencia de sus hazañas que, por aquel entonces, era completamente imposible: aquí, una vez más, la realidad destruye nuevamente a la leyenda.

Los documentos han comenzado a tomar la palabra. Pero, justamente debido a su hallazgo e interpretación, vuelve a encenderse con más vehemencia aún la gran discusión en torno a Vespucio. Nunca jamás unas treinta y dos páginas de texto han sido estudiadas con tanta precisión a nivel psicológico, geográfico, cartográfico, histórico y tipográfico para investigar su credibilidad, como los relatos de viaje de Vespucio. No obstante, resulta que los geógrafos beligerantes defienden respectivamente con la

misma seguridad y con las mismas pruebas supuestamente infalibles el sí y el no, el blanco y el negro, al descubridor y al impostor. A modo de divertimiento general resumiré brevemente lo que las diferentes autoridades sostenían en sus tesis sobre Vespucio durante el siglo pasado: hizo su primer viaje con Pinzón. Hizo el primer viaje con Lepe. Hizo su primer viaje con una expedición desconocida. No hubo un primer viaje, todo es mentira. En su primer viaje descubrió La Florida. No descubrió nada en absoluto porque no hubo tal viaje. Fue el primero en divisar el Amazonas. No lo divisó hasta su tercer viaje confundiéndolo anteriormente con el Orinoco. Recorrió y bautizo todas las costas del Brasil hasta el estrecho de Magalhães. Sólo recorrió la parte menor de esta costa que había sido bautizada mucho antes de su llegada. Fue un gran navegante. No, nunca estuvo al mando de un barco ni de una expedición. Fue un excelente astrónomo. Jamás. Todo lo que escribió sobre las constelaciones de estrellas son tonterías. Sus datos son exactos. Sus datos son erróneos. Fue un importante piloto. No fue más que un «beefcontractor» y un ignorante. Sus indicaciones son creíbles. Es un estafador profesional, un impostor y un embustero. Es, después de Colón, el primer descubridor y navegante de su época. Es el honor —no la vergüenza— de la ciencia. Todo esto se dice con la misma vehemencia en los escritos a su favor y en su contra y se afirma, se verifica y se argumenta con un sinfín de supuestas pruebas. De este modo, al igual que hace trescientos años, estamos exactamente ante la misma pregunta: «¿Quién era Américo Vespucio? ¿Qué es lo que hizo y qué dejó de hacer?» ¿Hay respuesta posible? ¿Puede resolverse el gran enigma?

¿Quién era Vespucio?

Hemos intentado narrar en orden cronológico la gran comedia de las confusiones que se desarrolló en torno a la vida de Américo Vespucio durante tres siglos y que llevó, finalmente, a la designación del nuevo continente con su nombre. Un hombre se hizo famoso y, de hecho, no se sabe exactamente por qué. Cada uno, según su albedrío, puede decir, con razón o sin ella, que fue debido a sus méritos o sus imposturas. Porque, en realidad, la gloria de Vespucio no existe, es sólo un nimbo porque no surgió tanto de sus hazañas como de una apreciación equivocada de aquello que hizo.

El primer error —acto primero de la comedia— fue la inclusión de su nombre en el título del libro *Paesi retrovati* por lo que el mundo tuvo que creer que fue Vespucio y no Colón quien había descubierto las nuevas tierras. El segundo error —acto segundo de la comedia— fue un error de imprenta en la edición latina —«Parias» en lugar de «Lariab»— en virtud del que se afirma que fue Vespucio y no Colón el primero en poner pie en la tierra firme americana. El tercer error —acto tercero— fue el error de un pequeño geógrafo de provincias quien, basándose en las treinta y dos páginas de Vespucio, propuso bautizar América con el nombre de éste. Como en una auténtica comedia de impostores, Vespucio sigue siendo el héroe hasta el final del acto tercero; domina la escena como héroe impecable, como carácter heroico. En el cuarto acto despierta, por vez primera, sospechas y ya no se sabe exactamente si se trata de un héroe o de un estafador. El quinto y último acto, que se desarrolla en nuestro siglo,

ha de traer, por tanto, todavía un punto culminante inesperado para que se afloje el nudo ingeniosamente atado y, al final, todo se resuelva de forma placentera y definitiva.

Afortunadamente, la Historia es una dramaturga extraordinaria y, al igual que para sus tragedias, también sabe encontrar para las comedias un brillante desenlace. Desde aquel cuarto acto ya sabemos: Vespucio no descubrió América, no fue el primero en pisar tierra firme, no emprendió jamás aquel primer viaje que por mucho tiempo le convirtió en rival de Colón. Pero mientras los eruditos siguen debatiendo en el escenario acerca de los viajes que verdaderamente emprendió o dejó de emprender, aparece, de repente, un hombre en escena formulando la desconcertante tesis que ni siquiera estas treinta y dos páginas fueron escritas por Vespucio; que este documento que conmovió al mundo entero, no es otra cosa que unas recopilaciones ajenas, irresponsables y voluntariosas en las que se abusó groseramente del material manuscrito de Vespucio. Este *deus ex machina* —el profesor Magnaghi— plantea el problema, por tanto, desde una perspectiva totalmente nueva al colocarlo, en un primer momento, decididamente patas arriba. Mientras los demás habían dado por hecho que Vespucio tenía la autoría, por lo menos, de los libros que llevaban su nombre sólo poniendo en duda que también había emprendido los viajes, Magnaghi dice que Vespucio, efectivamente, hizo algunos viajes pero la autoría de los libros tal como se nos presentan deja mucho lugar a la duda. Mas, no fue él quien se vanagloria de las proezas contrarias a la verdad sino que se hicieron disparates en su nombre. Si, con tal motivo, queremos formarnos un juicio correcto sobre Vespucio, lo mejor será apartar sendos famosos escritos impresos, *Mundus Novus* y los *Quatuor Navigationes* y abalanzarnos exclusivamente sobre las tres cartas originales que, sin explicación concluyente alguna, fueron tildadas de falsificaciones por parte de sus defensores.

La tesis de que no se puede responsabilizar en su totalidad a Vespucio de los escritos que circulan con su nombre, tiene, al principio, un efecto desconcertante. Porque ¿qué es lo que queda de la gloria de Vespucio si ni siquiera es el autor de los libros? Pero, mirándolo de cerca, la tesis de Magnaghi no resulta tan nueva. En realidad, la sospecha de que la falsificación de aquel primer viaje no fue llevado a cabo por Vespucio sino contra él, es tan antigua como la primera acusación misma. Se recordará que fue el obispo Las Casas quien primero acusó a Vespucio de apoderarse del nombre de América simulando un viaje que, en realidad, nunca se realizó. Le inculpó de una «gran infamia», de un «engaño astuto» y de una grave injusticia. Pero revisando el texto más detenidamente, se advierte siempre, en medio de todas estas acusaciones, un *reservatio mentalis*. Bien es verdad que Las Casas censura el engaño pero, muy precavido, habla siempre de un engaño cometido por Vespucio *o por aquellos que publicaron sus Quatuor Navigationes*. Por lo tanto, admite la posibilidad de que la apreciación equivocada de Vespucio puede haberse producido sin que él participara. También Humboldt que, frente a los teóricos especializados, no consideraba cualquier libro impreso como un evangelio, admitiendo claramente la duda de que Vespucio acaso había quedado envuelto en toda esta controversia igual que Poncio en el credo. «¿No sería posible —pregunta— que los coleccionistas de las descripciones de viajes hayan cometido este engaño sin que se enterara Américo? ¿O acaso sólo resulta ser la consecuencia de una confusa descripción y de unas indicaciones poco precisas?»

La llave ya estaba, pues, forjada. Magnaghi sólo abrió con ella la puerta para una nueva perspectiva. Desde el punto de vista lógico, su explicación me parece, hasta ahora, la más convincente porque diluye de modo completamente natural todas las contradicciones que preocupaban a tres siglos. Desde un principio era psicológicamente poco probable que el mismo hombre, en un li-

bro, se inventa una expedición realizada en el año de 1497 y, simultáneamente, aplaza este mismo viaje al año de 1499 en una carta manuscrita. O que haya mandado a Florencia a dos personas diferentes de aquel estrecho círculo donde las cartas pasan de mano en mano, las descripciones de los viajes con fechas diferentes y unos detalles contradictorios. Además era inverosímil que un hombre que vivía en Lisboa, enviase estos informes precisamente al régulo de Lorena y mandase a imprimir su obra en una pequeña ciudad tan apartada del mundo como Saint-Dié. Si hubiera querido publicar o hubiera publicado él mismo sus «obras», por lo menos no hubiera omitido el pequeño esfuerzo de borrar, antes de *imprimatur*, las incongruencias más graves que, en seguida, saltan a la vista. ¿Podría, por ejemplo, pensarse que el propio Vespucio, hubiera relatado en el *Mundus Novus* en tono solemne —que difiere por completo de las cartas manuscritas— anunciando a Lorenzo de Medici que llamaba a aquella expedición su tercer viaje «porque ya emprendí dos viajes rumbo oeste por encargo del excelentísimo rey de España»?. (*Vostra Magnificenza saprà come per commisione de questo Rè d'Ispagna mi partì*). Porque ¿a quién comunica esta novedad asombrosa de haber realizado ya dos viajes? Nada menos que al dueño de la empresa donde trabajó de empleado y corresponsal durante diez años y que, por lo tanto, tenía que saber hasta el día y la hora si y cuándo su factor había realizado aquellos viajes de muchos años y en cuyos libros de caja debían figurar hasta el último centavo todos los gastos de su equipo y su producto. Esto sería tan absurdo como si un autor comunicase por sorpresa a su editor que desde hace una docena de años publica continuamente sus libros y salda cuentas con él con regularidad, que, al remitirle el manuscrito de su nuevo libro, ese no era su primer trabajo sino que se había publicado con anterioridad.

En casi todas las páginas de los textos impresos se encuentran unos disparates y unas divergencias semejantes que, en modo al-

guno, pueden tener su origen en el mismo Vespucio. Por lo tanto, todas las probabilidades hablan a favor de la tesis de Magnaghis en el sentido de que las tres cartas manuscritas de Vespucio encontradas en los archivos y que, hasta el momento fueron rechazadas por los defensores de Vespucio precisamente por falta de autenticidad, son, en realidad el único material digno de fe que poseemos de la mano de Vespucio. Mientras que tenemos que juzgar como publicaciones dudosas las celebérrimas obras de *Mundos Novus y Cuatro Viajes* debido a las adiciones, modificaciones y alteraciones ajenas.

Pero juzgar, sólo por esta razón, los *Cuatro Viajes* de falsificación sería, en cambio, una tosca exageración porque no cabe duda de que se basan en material auténtico de la mano de Vespucio. Lo que hizo el editor anónimo es, más o menos lo mismo que ocurre en el comercio de antigüedades cuando se transforma una auténtica arca del Renacimiento mediante el empleo hábil de su material agregándole trozos reproducidos y así se hacen dos o tres cajas o incluso un juego completo de muebles lo que da por resultado que aquel que insiste en la autenticidad de las piezas tiene tanta o igual razón como aquel que las toma por falsificaciones. No cabe duda alguna de que aquel tipógrafo que, por precaución, encubre su nombre en la portada, tenía en las manos las cartas —las tres conocidas y, probablemente otras desconocidas— que Vespucio dirigió al Banco Medici. El tipógrafo conocía el éxito asombroso que la carta de Vespucio sobre el tercer viaje, el *Mundus Novus*, había cosechado. ¡No menos de veintitrés reediciones en todos los idiomas en muy pocos años! Por lo tanto, no hubo nada más natural que aquel hombre que también conocía los demás informes ya sea por el original, ya sea por la copia, se sintiese atraído por la idea de editar los *Viajes Completos* de Vespucio en un pequeño tomo nuevo. Pero, puesto que el material existente no bastaba para oponer a los cuatro viajes de Colón los cuatro viajes de Vespucio, aquel editor desconocido

decidió «estirarlo». Dividió, sobre todo, en dos viajes el informe conocido acerca del viaje de 1499, apareciendo uno y fechado en 1497 y el otro en 1499 sin tener ni la más remota sospecha que, debido a aquel engaño, el propio Vespucio sería tachado de impostor y mentiroso por espacio de tres siglos. Además incluyó detalles de otras cartas e informes de otros navegantes hasta que quedó felizmente acabado este *mixtum compositum* de verdades y mentiras que luego provocó durante siglos el dolor de cabeza de los eruditos y debido al cual América se llama América.

Alguien podría dudar de la tesis de si acaso es concebible una intromisión tan descarada al alargar, sin previa consulta, la obra de un autor con invenciones arbitrarias. Da la casualidad que, precisamente en el caso de Vespucio, podemos demostrar la posibilidad de un procedimiento tan poco escrúpulo. Resulta que sólo un año después, en 1508, un tipógrafo holandés falsifica un quinto viaje de Vespucio y, por cierto, del modo más primitivo. Así como las cartas encontradas en el manuscrito de los *Cuatro Viajes* fueron el material para el editor anónimo, al tipógrafo holandés se le brinda para su falsificación la ocasión anhelada de la descripción del viaje que circula en un manuscrito de un tirolés llamado Baltasar Sprenger. Donde el original pone *ego, Baltasar Sprenger*, él lo cambia por *ick, Alberigus*, yo, Américo, para hacer creer al público que aquella descripción de viaje procede de la mano de Vespucio. Y, efectivamente, esa atribución petulante engaña todavía cuatrocientos años más tarde a la junta directiva de la Sociedad de Geógrafos en Londres que, en 1892, proclama con gran ostentación el descubrimiento de un quinto viaje de Vespucio.

Caben, por lo tanto, pocas dudas —y esto aclara la situación confusa hasta ahora— de que aquel informe inventado sobre el primer viaje y de todas las demás discrepancias por cuya culpa Vespucio fue acusado de un engaño doloso, no deban cargarse en su cuenta sino en la del editor y tipógrafo sin escrúpulos que, sin

pedirle permiso, adornaron los informes privados de Vespucio sobre sus viajes con toda clase de ingredientes falsos dándolos luego de esta guisa a la imprenta. Pero los adversarios hacen una última objeción respecto a este modo de ver que, sin embargo, explica claramente la situación. ¿Por qué —se preguntan— Vespucio nunca protestó públicamente por esta atribución? Tenía que estar enterado antes de su muerte en 1512 —agregan— de la existencia de estos libros con su nombre que le atribuían la autoría de un viaje jamás emprendido. ¿Acaso no hubiera sido su deber principal lanzar al mundo un rotundo No? ¿No soy el descubridor de América y esta tierra lleva mi nombre injustamente? ¿Acaso no es cómplice de un engaño aquél que no formula una protesta porque éste le beneficia?

A primera vista, esta objeción parece convincente. Pero ¿dónde —hay que preguntarse— podría haber protestado Vespucio? ¿Ante qué instancia hubiera podido reclamar? En aquellos tiempos, el concepto de la propiedad literaria no existía. Todo lo impreso y todo lo escrito pertenecía a todos y cualquiera podía utilizar el nombre y la obra de otro a su gusto. ¿Dónde podía reclamar Albrecht Dürer porque una decena de grabadores en cobre empleaban las iniciales «A. D.» de fácil salida para sus obras mal hechas? ¿Y dónde los autores del primer *Rey Lear* y del *Hamlet* originario porque Shakespeare tomó sus obras y las modificó a su antojo? ¿Y dónde podía ir a quejarse Shakespeare porque aparecían obras ajenas con su nombre? ¿Dónde podía recurrir el mismo Voltaire porque cualquiera que quería que se leyese su mediocre panfleto ateo o filosófico lo mandaba imprimir bajo aquel nombre célebre? De qué manera hubiera podido proceder, por lo tanto, Vespucio contra las decenas y más decenas de ediciones de las obras recopiladas que arrastraban su fama injusta por el mundo con unos textos redactados de nuevo una y otra vez. Lo único que le quedaba a Vespucio era probar su inocencia de viva voz en su círculo personal.

Está fuera de toda duda que así lo hizo. Porque en 1508 o 1509 habían llegado por lo menos algunos ejemplares aislados a España. ¿Acaso podría pensarse que el rey hubiera elegido a alguien que publica informes falsos sobre los descubrimientos para el responsable puesto de inducir a sus pilotos a redactar informes exactos y seguros si aquel hombre no hubiera podido liberarse personalmente de cualquier sospecha con anterioridad? Y más aún. Uno de los primeros poseedores de la *Cosmographiae Introductio* en España era, según consta, Fernando Colombo, hijo del Almirante (el ejemplar con sus anotaciones existe todavía). No sólo leyó el libro donde se confirma, contra toda verdad, que Vespucio puso antes que Colón pie en tierra firme sino que, además, llenó de anotaciones este mismo libro en el que, por vez primera, se propone dar a las nuevas tierras el nombre de América. Pero, cosa extraña: mientras que Fernando Colón tacha en la biografía de su padre todos los nombres posibles de envidiosos de su padre, no menciona a Vespucio con una sola palabra descortés. Ese silencio asombró ya a Las Casas. «Estoy sorprendido —escribe— porque Fernando Colón, el hijo del Almirante y hombre de juicio certero quien, según sepa, poseía las *Navigationes* de Américo, no hizo ni una anotación sobre la injusticia y la usurpación que Américo Vespucio cometió en la persona de su ilustre padre». Pero no hay nada más evidente que hable a favor de la inocencia de Vespucio que el silencio del hijo frente a esa atribución desafortunada que escamotea a su padre la gloria de ver el mundo descubierto por él designado con su nombre. Está claro que sabía que esa atribución se hizo sin el conocimiento ni voluntad de Vespucio. Siguiendo el origen cronológico y con todas sus desagradables consecuencias se intentó narrar con la mayor objetividad posible la *Causa Vespucci* que pasó por santísimas instancias. La principal complicación a resolver consistía en la curiosa discrepancia entre un hombre y su fama, entre un hombre y su nombre.

Puesto que, como ya sabemos, el mérito fáctico de Vespucio no corresponde a su fama ni su fama a su mérito. Entre aquel hombre que fue y aquel por el que le tomaba el mundo había una distancia tan abismal que era imposible conciliar ambas imágenes, el retrato de su vida y el retrato literario. Sólo teniendo en cuenta que su fama era un producto de intromisiones ajenas y de casualidades embrolladas, será posible considerar su verdadera proeza y su vida como una unidad y hablar de ello en un contexto natural.

Y de allí se da al lado de esta gloria inmensa el resultado más modesto que la vida de aquel hombre que, como pocos suscitó la admiración y la indignación del mundo, no fue, en realidad, grandiosa ni dramática. No es la biografía de un héroe ni la de un impostor sino tan sólo una comedia del azar en la que queda enredado sin sospechar nada. Como tercer hijo del notario Cernastasio Vespucio, Américo Vespucio nace en Florencia el 9 de mayo de 1451, es decir, ciento treinta años después de la muerte de Dante. Procede de una familia distinguida, aunque empobrecida, y recibe la formación humanista del Renacimiento Primitivo, habitual en aquellos círculos. Estudia latín sin dominarlo nunca, sin embargo con soltura literaria. Con su tío Fra Giorgio Vespucio, un fraile dominicano de San Marco, adquiere ciertos conocimientos científicos, de matemáticas y astronomía. Nada remite en el joven a unas dotes o unas ambiciones especiales. Mientras sus hermanos van a la universidad, él se conforma con un cargo mercantil en el establecimiento bancario de los Médicis que, en aquel entonces, está bajo la dirección de Lorenzo Piero di Medici (que no se debe confundir con su padre Lorenzo Piero il Magnifico). Por tanto, Américo Vespucio no pasaba por ser un gran hombre y menos todavía por un gran erudito. Las cartas que escribía a sus amigos le muestran metido en pequeños negocios y asuntos privados sin relevancia. En el sentido comercial, tampoco parece haber llegado lejos en la casa de los Médicis y

sólo el puro azar le trae a España. Los Médicis, al igual que los Welser, los Fúcares y los demás comerciantes alemanes y flamencos, tienen en España y Lisboa sus sucursales. Procuran fondos para las expediciones hacia las nuevas tierras, tratan de obtener informaciones y, sobre todo, de invertir su dinero allí donde con más urgencia se necesite. Al parecer, un empleado en el despacho de los Médicis en Sevilla cometió irregularidades con el dinero y como tienen a Vespucio por un hombre especialmente recto y de fiar, mandan a aquel humilde empleado el 14 de mayo de 1491 a España donde asume un puesto en la sucursal de los Médicis, en el almacén de Juanoto Beraldi. En la casa Beraldi que se dedica principalmente al equipamiento de los navíos, su cargo es del todo de carácter subordinado. Aunque en sus cartas consta *Merciante florentino*, no es ningún comerciante independiente con capital y campo de acción propios sino sólo el *factor* de Beraldi quien, a su vez, está adscrito al campo de acción de los Médicis. A pesar de no ocupar un alto cargo, Vespucio se gana la confianza e incluso la amistad de sus superiores. Cuando Beraldi, en 1495, siente llegar la muerte, nombra en su testamento a Américo Vespucio ejecutor de su última voluntad y en él recae la tarea de liquidar la empresa una vez fallecido su dueño.

Con ello y cercano ya a los cincuenta años, Américo Vespucio, de repente, vuelve a estar con las manos vacías. Al parecer le falta o bien el capital o bien la vocación de seguir adelante con el negocio de Beraldi por cuenta propia. Ya no podemos averiguar lo que hizo durante los años 1497 y 1498 por falta total de documentación. Pero de ninguna manera —como queda comprobado en la carta posterior de Colón— le fue especialmente bien y este fracaso da respuesta al repentino giro en su vida. Veinte, casi treinta años malgastó el pequeño florentino inteligente y aplicado como empleado insignificante con negocios ajenos. No tiene casa ni mujer ni hijos. Está solo, el cambio de la vida se aproxima y aun no tiene seguridad ni amparo. Ahora, en cam-

bio, el tiempo de los descubrimientos brinda al hombre resuelto dispuesto a arriesgar su vida una ocasión única para hacerse de golpe rico y famoso. Es una época de aventureros y proezas como el mundo jamás ha vuelto a ver desde entonces. Como cientos y miles de otros fracasados, Américo Vespucio, hasta ahora un comerciante pequeño y, así parece, también insolvente, prueba suerte en un viaje a la Nueva India. Cuando en mayo del 1499 Alonso de Hojeda organiza una expedición por encargo del cardenal Fonseca, Américo Vespucio se embarca con él.

No queda muy claro cuáles eran las condiciones para ser admitido por Alonso de Hojeda. Sin lugar a dudas, el factor de la empresa armadora Beraldi había adquirido ciertos conocimientos profesionales en el trato diario con los capitanes, ingenieros navales, proveedores de mercancía. Conoce los detalles de un barco desde la quilla hasta el tope. Además, como florentino ilustrado intelectualmente cien veces superior a la mayoría de sus compañeros de viaje, ya había aprovechado el tiempo antes para adquirir conocimientos náuticos. Aprende a manejar el astrolabio, los nuevos métodos de cálculo de longitudes, se dedica a la astrología, se ejercita en la confección de mapas de modo que hay que suponer que no acompaña a esta expedición como simple agente comercial sino que viaja en calidad de piloto o de astrónomo.

Pero incluso si, en aquel entonces, Américo Vespucio aún no participó en calidad de piloto sino como simple comerciante, vuelve, de todas formas, convertido en un consumado experto de este viaje que duró muchos meses. Una cabeza inteligente, un buen observador, un calculador experimentado, un alma curiosa, un hábil cartógrafo, así que tiene que haber adquirido en aquellos largos meses unos conocimientos especiales que atraen la atención, sobre todo en los círculos náuticos. Puesto que ahora el rey de Portugal prepara una nueva expedición hacia las regiones del Brasil recién descubiertas por Cabral, y en cuya costa

norteña había estado Vespucio en su viaje con Hojeda, se dirige directamente a Vespucio solicitando su participación en su calidad de piloto, astrónomo y cartógrafo. Que el rey del país vecino que, en efecto, no carece de pilotos ni navegantes extraordinarios, llame justamente a Vespucio a su país, demuestra irrefutablemente el especial aprecio de que goza aquel hombre desconocido hasta ahora.

Vespucio no vacila demasiado. El viaje con Hojeda no le aportó ningún beneficio. Después de tantos esfuerzos y peligros durante muchos meses regresa tan pobre a Sevilla como había sido a la hora de partir.

No tiene trabajo, ni profesión, ni negocio, ni bienes. Por lo tanto, no significa ninguna deslealtad hacia a España si corresponde a este llamamiento honroso.

Pero este nuevo viaje tampoco le reporta beneficio y ni siquiera honor. Porque en ninguna parte se menciona su nombre, como tampoco se menciona el del comandante de la flota. La misión encomendada a esta expedición fue la de recorrer exclusivamente la costa hasta todo lo más al sur posible y encontrar el paso tan anhelado a las Islas de las Especias. Puesto que se sigue aferrado a la ilusión de pensar que esta Terra de Santa Cruz con la que se topó Cabral, no es más que una isla de medianas dimensiones y, una vez dada la vuelta felizmente a ella, se llegara a los Molucas, a la fuente de toda riqueza, a El Dorado de las especias. El mérito histórico de esta expedición en la que participa Vespucio, será el de rectificar ese error antes que nadie. Los portugueses recorren la costa hacia los treinta, cuarenta, cincuenta grados de longitud. Y todavía la tierra no toca a su fin. Hace mucho que se alejaron de las zonas tórridas. Hace frío, cada vez más frío y, finalmente, tienen que renunciar a la esperanza de poder dar la vuelta a esta gigantesca Tierra Nueva que se mete como un travesaño en la ruta de la India. Pero de este viaje que desde luego representa uno de los más audaces y grandiosos, y del que Ves-

pucio puede afirmar con orgullo que con él se había tomado medida a la cuarta parte del mundo, aquel hombre desconocido aporta un inmenso provecho para la ciencia geográfica: Vespucio trae a Europa el conocimiento de que esta tierra recién descubierta no es la India ni tampoco una isla sino un *mundus novus*, un nuevo continente, un mundo nuevo.

El siguiente viaje que Vespucio también emprende por encargo del rey de Portugal y con el mismo objetivo de hallar la ruta este hacia la India e intentar, por lo tanto, la hazaña que más adelante queda reservada a Magalhães, tampoco alcanza su meta. Es verdad que la flota, en esta ocasión, baja aún más hacia el sur y parece haber ido mucho más allá del Río de la Plata pero, debido a las tormentas, se ve obligado regresar. Ahora, a la edad de cincuenta y cuatro años, Vespucio desembarca de nuevo en Lisboa como un hombre pobre, decepcionado y —así lo cree— totalmente desconocido. Como uno de tantos que probaron suerte con la Nueva India pero que no la encontraron.

Mientras tanto, sin embargo, sucedió algo que Vespucio, bajo aquellas otras estrellas del otro hemisferio del globo no pudo soñar ni sospechar: él, aquel pequeño y pobre piloto anónimo había despertado la inquietud de todo el mundo ilustrado de Europa. Cada vez que regresaba de un viaje, informaba fiel y lealmente al que había sido su patrono y amigo personal, Lorenzo de Medicís, mediante cartas sobre aquello que había visto en sus viajes. Además había llevado un diario que entregaba al rey de Portugal y que, al igual que las cartas, no eran sino documentos de carácter privado destinados exclusivamente a la información política o comercial. Pero nunca se le hubiera ocurrido hacerse pasar por erudito o escritor, ni de considerar estas cartas privadas como un producto literario o incluso científico. Dijo expresamente que encuentra todo lo que escribe *di tanto mal sapore*, que no podía decidirse a publicarlo en esta forma provisional y si alguna vez habla del proyecto de publicar un libro añade ensegui-

da que sólo quiere redactarlo «con la ayuda de los hombre doctos». Sólo si alguna vez llegara a descansar, *quando sarò de reposo*, intentaría con la ayuda de los hombres doctos redactar un libro sobre sus viajes para alcanzar un poco de gloria, *qualche fama*, después de su muerte. Pero sin que él lo supiera o, ciertamente, sin que él se lo propusiera alcanzó en aquellos meses de navegación, a sus espaldas como quien dice, la fama del geógrafo más ilustrado de la época y de un grandioso escritor. Bajo el título *Mundus Novus* se tradujo al latín, probablemente de forma muy libre y estilizada, en tono científico aquella carta destinada a Lorenzo de Médicis que había escrito a mano sobre su tercer viaje y que, cuando apareció impresa, produjo una enorme sensación. Desde que estas cuatro hojas impresas circulan por el mundo, en todas las ciudades y en todos los puertos se sabe ahora que estas nuevas tierras no son la India, como dijo Colón, sino un mundo nuevo y que es Américo Vespucio el primero en proclamar esta verdad maravillosa. Pero el mismo hombre, que en toda Europa es considerado como gran erudito y el más audaz de todos los navegantes, no sabe nada de su gloria y se esfuerza simplemente en conseguir por fin un empleo que le permita llevar una vida modesta y tranquila. Como hombre mayor se ha casado y cansado ya definitivamente de los negocios, las aventuras y los viajes. Por fin, a la edad de cincuenta y siete años ya, satisface un deseo suyo. Consigue lo que anhelaba durante toda su vida: una humilde existencia tranquila, pacífica y burguesa como piloto mayor en la Casa de Contratación, con un sueldo primero de 50.000 y más delante de 75.000 maravedíes. Desde entonces, el nuevo Tolomeo es en Sevilla uno entre muchos otros funcionarios respetables del rey: nada más y nada menos.

¿Acaso Vespucio se enteró en los últimos años de su vida de toda la fama que, mientras tanto, se había adherido a su nombre debido los malentendidos y errores? ¿Acaso sospechó alguna vez que existió la propuesta de bautizar las tierras nuevas más allá del

océano con su nombre de pila? ¿Se opuso a esta gloria injustificada? ¿La acogió con una sonrisa? ¿O acaso sólo hizo saber, tranquila y modestamente, a sus amigos más íntimos que no todo era así tal como constaba en aquellos libros? A ese respecto sólo sabemos que, aquella inmensa fama que como un huracán sobrevoló las montañas, los mares, los países y los idiomas y que ya pasa a ser noticia en el mundo nuevo, no reportó a la existencia de Vespucio el menor beneficio concreto. Vespucio siguió tan pobre como el primer día que vino a España. Tan pobre que cuando muere el 22 de febrero de 1512, su viuda solicita implorante que se le conceda una pensión, apenas suficiente, de diez mil maravedíes al año. La única cosa de valor de su herencia, los diarios de sus viajes, los únicos que pueden revelar toda la verdad, pasan como legado a manos de su sobrino quien los guarda tan mal que se pierden para siempre como muchas otras anotaciones valiosas de la época de los descubrimientos. Del esfuerzo de aquella existencia silenciosa y reservada no queda nada más que una fama dudosa que ni siquiera le pertenece del todo.

Se evidencia que aquel hombre que durante cuatro siglos ha dado en resolver uno de los problemas más complicados, ha llevado, en el fondo, una vida sin complicaciones ni problemas. Resignémonos, por lo tanto, a constatar: Vespucio no era más que un hombre mediocre. No el descubridor de América, no el *amplificador orbis terrarum*, pero, por otro lado, tampoco aquel mentiroso e impostor por el que fue tomado. Ni un gran escritor pero tampoco nadie que presumía de serlo. Ni un gran erudito, ni filósofo virtuoso, ni astrónomo, ni Copérnico, ni un Tico Brahe. Quizá incluso sería atrevido colocarlo en la primera fila de los grandes navegantes y descubridores. Porque una suerte adversa no le permitió nunca tomar una real iniciativa en alguna parte. En contraste con Colón y Magalhães, nunca se le confió ninguna flota. En todas las profesiones y en todos los empleos estuvo en posición subalterna, incapaz de encontrar, descubrir,

mandar o dirigir. Siempre en segunda fila, siempre en la sombra de los demás. Si, sin embargo, recae la luz brillante de la gloria precisamente sobre él, no se debe a un mérito especial ni a una culpa particular sino a una fatalidad, a un error, a un azar, a un malentendido. La gloria podría haber alcanzado de la misma manera a otro autor de cartas de aquel mismo viaje o al piloto del navío de al lado. Pero la Historia no permite discusión alguna. Lo eligió precisamente a él y, sus decisiones, por muy erróneas e injustas que fueran, son irrefutables. Gracias a dos palabras —*Mundus Novus*— con las que él o aquel editor anónimo encabezó sus cartas y debido a los *cuatro viajes* —los realizara todos o no— entró en el puerto de la inmortalidad. Su nombre ya no puede borrarse del libro más glorioso de la humanidad y, en el marco de la historia de los descubrimientos de nuestro mundo, quizá, se circunscribe de modo más acertado su proeza con la paradoja de que Colón descubrió América pero no la reconoció. Vespucio no la descubrió pero fue el primero en reconocerla como América, como un nuevo continente. Este único mérito queda adherido a su vida, a su nombre. Porque nunca decide solamente el hecho sino también el reconocimiento y el efecto. El que narra y explica resulta a veces más importante para la posterioridad que el que la realizó y en el dinamismo de las fuerzas de la historia, el impulso más pequeño, a menudo provoca las consecuencias más prodigiosas. Quien de la Historia espere justicia, exige más de lo que está dispuesta a dar: a menudo concede la proeza e inmortalidad al hombre mediocre y arroja al mejor, al más audaz y sabio a la oscuridad sin mencionarlo siquiera.

Sin embargo, América no tiene que avergonzarse de su nombre. Es el de un hombre honrado y valiente que, con cincuenta años de edad, osó todavía atravesar tres veces en una nave diminuta el océano inexplorado rumbo a lo desconocido como uno de los «marineros anónimos» que, en aquel entonces a centenares, arriesgaron su vida en aventuras y peligros. Y, quizá, el

nombre de un hombre tan mediocre, el nombre de un hombre de la multitud anónima de los valientes es incluso más apropiado para un país democrático que el de un rey o conquistador y, ciertamente más justo que si América se hubiera llamado India Oriental o Nueva Inglaterra o Nueva España o Tierra de Santa Cruz. No fue la voluntad de un hombre la que elevó este nombre mortal a la inmortalidad. Fue la voluntad del Destino que siempre tiene la razón incluso cuando parece cometer una injusticia. A los mandatos de esta voluntad mayor, tenemos que someternos. Y así utilizamos hoy la palabra que un puro azar ideó alegremente, ya con toda naturalidad como la única verdadera e imaginable. La vibrante, sonora: «América».



STEFAN ZWEIG, (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942). Fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo res-

plandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

Notas

[1] La conferencia ¿Américo y América? tuvo lugar en el Banco Interamericano de Desarrollo, en Washington D. C., el 18 de abril de 2007, como parte del Programa de Conferencias del Centro Cultural del Banco Interamericano de Desarrollo. <<

[2] Pietro Vaglienti, quien coleccionaba noticias de descubrimientos comercialmente explotables para una de las casas mercantiles de Florencia, recopiló material relacionado con Vespucio en el período de dos a tres años que siguieron a la muerte del explorador, tal como demuestra la copia de la carta escrita por Américo al abandonar las Islas de Cabo Verde a su regreso de Brasil en junio de 1501. <<

[3] Américo Vespucio, *Lettera delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi* (Firenze, G. Steno di Cario da Paria per B. Pacini, 1505-1506). Firenze, Biblioteca Nazionale Céntrale, Banco Rari 192, portada. La imprenta que reprodujo la Carta a Soderini recicló el titulo y la imagen de la carátula de una edición de 1493 del primer informe impreso de Colón. <<

[4] El mapamundi elaborado en 1507 por los cartógrafos de Saint-Dié presenta una imagen de Vespucio en la parte superior, en una postura equivalente a la de Ptolomeo, uno de los más destacados geógrafos de la antigüedad. La imagen que manifiesta Américo muestra una masa continental continua —que contrasta con el mapa principal— en la que el Nuevo Mundo está interrumpido por un estrecho que lleva a Asia. <<

[5] El autor se refiere aquí al presidente G. W. Bush. *(N. del E.)* <<

[6] Resulta extraño que la gran América deba llevar el nombre de un ladrón: Américo Vespucio, el fanfarrón de Sevilla, cuyo más alto logro naval era ser el compañero del contramaestre en una expedición que nunca fue en barco, el gerente suplantador de Columbus y bautizar la mitad de la tierra con su deshonesto nombre. *(N. del E.)* <<

ÍNDICE